



Universidad de Chile

Licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas

Alegorías de la “post”: enfermedad y cuerpo enfermo en obras actuales de Chile y Argentina. *Nancy* y *Black Out*.

Javiera Arce Diaz

Tesis para optar al grado de Licenciado/a en Lengua y Literatura hispánicas

Profesora guía: Alejandra Bottinelli Wolleter

Quiero agradecer a mi profesora guía Alejandra Bottinelli por su dedicación docente, y por creer en sus alumnos/as y en sus capacidades.

A Pablo, por su apoyo constante y su compañía siempre paciente. Gracias por leerme y corregirme incansablemente.

A mi madre enferma.

A “los kenos”.

A todos mis arraigos.

Índice

Introducción	4
Marco teórico metodológico	8
Capítulo I: <i>Nancy</i> de Bruno Lloret o la vida como “desierto de cruces”	17
Capítulo II: “sobrecuerpo y olvido” en <i>Black Out</i> de María Moreno	33
Conclusiones: Progresivo tránsito a campos estériles	49
Bibliografía	55

Introducción

Para la presente investigación utilizo un corpus de dos novelas actuales de Chile y Argentina: *Nancy* (2015) de Bruno Lloret y *Black Out* (2016) de María Moreno. La primera producción literaria, *Nancy*, es una novela chilena en la cual la voz narrativa es la de Nancy, una mujer enferma de cáncer de útero y senos que relata su historia personal desde la infancia hasta el presente narrativo de la enfermedad. La vida de la narradora se encuentra permanentemente asediada por la violencia familiar y sexual, el abandono por parte de sus seres queridos, el desarraigo y la marginalidad. En *Black Out* la voz narrativa de María Moreno (nombre que coincide con el de la autora real, lo que le confiere cierto carácter autobiográfico al relato) narra su vida pasando por la infancia, el alcoholismo y la vida en los bares, la presencia de la muerte (en sus amigos y en su padre) y el presente narrativo de la abstinencia al alcohol.

Nancy es la primera novela publicada del autor chileno Bruno Lloret. *Black Out* es la novela más reciente de la autora argentina María Moreno. Esta última tiene una vasta producción literaria y periodística publicada en los 90's y en los 2000's, cuyos relatos se ubican muchas veces espacio-temporalmente en los años 60's y 70's, oscilando entre el paisaje de la bohemia artística y la experiencia de la dictadura argentina. Bruno Lloret carece de la dimensión autobiográfica predominante en la narrativa de Moreno y de *Black Out* en particular. También la producción literaria de Lloret se distancia de la obra de Moreno, y en general de la generación literaria de los hijos chilena y argentina, al carecer de la dimensión de la memoria del pasado político nacional. En la obra predomina una ficción ubicada en espacios geográficos y sociales tan determinados como indeterminados: podemos identificar el paisaje nacional, la cordillera, la costa, el norte y las fronteras, incluso las instituciones, pero las ubicaciones específicas y los mismos personajes aparecen sin nombres, marcados por letras o apodos.

En la presente investigación busco interpretar la presencia de la enfermedad y de cuerpos enfermos en dos narrativas actuales de Chile y Argentina. Pretendo abordar cómo se relacionan y con qué fin la enfermedad, los afectos y el cuerpo en estas narrativas. Preguntar por la enfermedad en las narrativas actuales obliga a interpretar el por qué y para qué representar la enfermedad, qué significa la enfermedad en las obras y cómo estas representaciones se relacionan con nuestro contexto sociocultural. Así también la cuestión de los afectos interroga sobre cómo el otro afecta y cómo influye en los cuerpos protagonistas, es decir, cómo el entorno social y familiar influye en el actuar y en la subjetividad de estos cuerpos enfermos, al mismo tiempo que la enfermedad misma transforma y permea las relaciones con los demás. La cuestión de los afectos nos lleva directamente a pensar el desarraigo que estos personajes sienten hacia sus entornos. Por último, pensar la enfermedad situada en un cuerpo físico y sensible interroga por la forma en que la experiencia de la enfermedad se hace patente en el cuerpo, en cómo lo transforma y deja huellas como signos de la enfermedad.

Para analizar la relación enfermedad, cuerpo y afectos plantearé una hipótesis interpretativa para cada texto particular y una lectura general sobre las dos obras. Trabajaré bajo la hipótesis general de que en las narrativas actuales de Chile y Argentina la enfermedad y el cuerpo enfermo alegorizan la sociedad “post”. La enfermedad en estas narrativas actuales va degradando el cuerpo enfermo, el espacio y las relaciones con los otros en un espacio-tiempo de la degradación. Pretendo dar cuenta de que los puntos críticos de las enfermedades representadas, es decir, la manifestación de síntomas y de la degradación del cuerpo, demuestran una falla en la gestión de los cuerpos como intento de mantener el orden aparente. Para esto resulta fundamental ir vislumbrando las progresivas degradaciones que aparecen en los relatos y las figuras del cuerpo que van emergiendo de las mutaciones producto de las enfermedades.

Para el primer capítulo de este trabajo, dedicado a *Nancy* (2015) de Bruno Lloret, el espacio-tiempo de la degradación es punto inicial y tiempo presente desde donde se relata, a la vez que punto de fuga desde donde se recuerda de manera

fragmentada (no lineal) el pasado (la infancia). Los espacios del pasado del hogar, la ciudad enferma y el desierto se articulan en torno a explicar cómo se llegó a un estado actual de cosas. El tiempo-espacio del presente se narra desde la intimidad de la casa y de la habitación como lecho de muerte. Parece ser la enfermedad el punto crítico de un relato personal rodeado de relaciones interpersonales degradadas y de una subjetividad dañada por la violencia, el abandono y la marginalidad. La historia personal de la degradación se materializa en el cuerpo como enfermedad; el cáncer es el resultado de una vida como *desierto de cruces* (Lloret 78), enunciado de la obra que da cuenta de la experiencia de los personajes como soledad, silencio y muerte.

En el primer subcapítulo del análisis de la obra de Bruno Lloret pretendo dar cuenta del espacio del hogar familiar como primer espacio de desarraigo y abandono, en donde el cuerpo de Nancy aparece como un cuerpo culpable. El segundo subcapítulo trata de los paisajes intermedios entre la desintegración del hogar familiar y el presente de la enfermedad. Durante ese periodo Nancy vive un largo tránsito por desiertos y “geografías enfermas” o ciudades contaminadas por la toxicidad industrial. En el último subcapítulo doy cuenta del presente narrativo de la enfermedad, en donde el cuerpo de la narradora se enuncia enfermo y estéril.

El segundo capítulo de esta investigación consistirá en el análisis de *Black Out* (2016) de María Moreno. En la obra, la doble enfermedad (el alcoholismo y la endometriosis) se enuncian desde el propio cuerpo enfermo como experiencia de “sobrecuerpo y olvido” (Moreno 167). El “sobrecuerpo” es la exacerbación de los fluidos y olores corporales del cuerpo alcohólico y la sangre desproporcionada que sale del cuerpo con endometriosis. El olvido es la experiencia que deviene de la pérdida de conciencia, e intuyo que también funciona a nivel textual como la forma en que se recuerda la infancia y la enfermedad, de manera fragmentaria e inorgánica, con espacios en blanco. El cronotopo de la enfermedad junto con degradación progresiva es también un tránsito desde un pasado del alcoholismo a un presente narrativo de la abstinencia. La experiencia de ambas enfermedades

implica de maneras distintas soledad y aislamiento, el cuerpo invadido enfermo y adicto genera repulsión y se enuncia como un cuerpo sucio y degradado.

El capítulo dedicado a *Black Out* (2016) está dividido en dos partes. El primer subcapítulo daré cuenta de la presencia de las enfermedades en el cuerpo de moreno y sus transformaciones. En este subcapítulo abarcaré la enfermedad como experiencia de “sobrecuerpo y olvido” en donde los olores y fluidos corporales se ponen en escena sobre el cuerpo y el espacio. En el segundo capítulo abarcaré los dos espacios principales del relato personal de moreno: el hogar familiar y los bares. El espacio familiar del conventillo aparece como el lugar en donde se pone en escena el pueblo, con sus diversas formas, colores, nacionalidades, y en donde aparece el alcohol como tópico de la infancia y como presagio de su adicción.

Marco teórico metodológico

Para esta investigación, trabajaré con el concepto de lo “post” para intentar denominar y comprender el momento actual en el cual se insertan las narrativas de María Moreno y Bruno Lloret. Para Ulrich Beck, lo “post” remite a lo que se encuentra “más allá” y que no puede ser nombrado, que nombra y niega un contenido (15). El prefijo contiene un grupo de nomenclaturas: lo post-moderno, lo post-industrial, lo post-liberal, de post-dictadura...¹ Lo “post” es lo que encontramos más allá del capitalismo industrial o fordista, más allá de la modernidad, y que en América Latina coincide con el fin de los regímenes dictatoriales (de post-dictadura). Lo “post” se alimenta de su lexema, sustenta su semántica en él, sin embargo no es él. Lo que hace es poner a la vista el pasado que aún predomina contra un futuro que empieza a perfilarse (Beck 15). Este pasado-presente se vincula a un modelo político, social, económico y discursivo que busca establecer la iniciativa privada, el “emprendimiento” individual y la competencia en desmedro de las políticas públicas y colectivas. En este “post” se hace patente el individualismo radical y la decadencia de las relaciones humanas.

La sociología contemporánea ha hablado del fin del amor: aquella agonía del eros, como señala Byung-Chul Han, se debe a una erosión del otro (5). Aquel otro al cual se dirige el eros carece de lugar en el régimen del yo. La experiencia erótica, que supone la exterioridad y asimetría del otro, resulta imposible en la sociedad de

¹Con “post-industrial” me refiero a un sistema de producción económico basado en el desarrollo técnico y científico. Respecto a esto, José Joaquín Brünner habla de una novedad del capitalismo, la cual ha extendido sus confines a través de su transformación posindustrial y de la hegemonía de los mercados a escala internacional (27). En este sentido, la sociedad post-industrial ha configurado una forma de civilización material que se organiza en torno al comercio sin fronteras y a la incesante renovación tecnológica de bienes y servicios. Por su parte, lo “post-liberal” o “neoliberal” es una doctrina política y económica que promueve la no intervención del estado en el mercado, la privatización económica y la reducción de las políticas públicas o de bienestar. Al hablar de “post-dictadura” me refiero al periodo posterior a las dictaduras en América Latina (que inicia entre la década de los 80’s y 90’s) y que coincide con una difusión a nivel mundial del modelo democrático como ideal de organización política (Brünner 28). Por último, el término “post-moderno” remite a una sensibilidad de época producto de estos fenómenos sociales, políticos y económicos, siendo su expresión espiritual, intelectual, estética y ética en diversos ámbitos de la vida contemporánea (Brünner 29).

consumo que “aspira eliminar la alteridad atópica a favor de las diferencias consumibles, heterotópicas.”(5). La sociedad “post” es (o está siendo) narcisista, no en un sentido de amor propio (en donde el individuo delimita negativamente al otro en favor de sí mismo), sino que en una imposibilidad de conocer al otro en su alteridad (6). Así, el otro es un espejo de sí, y el mundo se le presenta al sujeto como proyecciones de sí mismo.

En consonancia con este ahogo narcisista, Roberto Espósito identifica en el individuo contemporáneo una “dinámica inmunitaria” (104-105) que busca reconstruir barreras de protección que salvaguarden al individuo de todo agente externo y de su peligro. Lo externo es aquella “comunidad” a la que el individuo pertenece y que lo amenaza con la pérdida de su sustancia o identidad individual en la apertura a los otros (103). La sustracción de lo común y la apertura con los otros implica un resguardo ante un riesgo, que para Beck, desde una óptica sociológica, tiene que ver con la autoamenaza que significa para el individuo pertenecer a una sociedad que genera una producción social de riesgos que crece sistemáticamente con la producción de riquezas y el progreso técnico-científico. Lo que resulta común a estas posturas es una vivencia subjetiva de la sociedad “post” como una experiencia (auto)atrapada en los confines individuales de sí, que proviene de un intento de resguardo.

Usaré el concepto de Beatriz Preciado de “régimen farmacopornográfico” para terminar de caracterizar la sociedad “post” y para ligarlo al concepto de enfermedad. Para Beatriz Preciado, el negocio del nuevo milenio es la gestión política y técnica del cuerpo, del sexo y la sexualidad, al cual denomina “régimen fármaco-pornográfico” (32).

Este régimen fármaco-pornográfico funciona por medio de un gobierno de la subjetividad, creado a su vez por formas biomoleculares y mediáticas tales como la producción de esteroides sintéticos, la difusión mundial de pornografía, la elaboración de múltiples sustancias psicotrópicas legales e ilegales, y todo complejo material o virtual que contribuya a la producción de estados mentales o

psicosomáticos de excitación (38). Bajo este régimen, los cuerpos son excitados y suplementados farmacopornográficamente, es decir, por la gestión farmacológica y la promoción audiovisual. Resulta importante el concepto de “gestión farmacológica”, pues da cuenta de que la industria farmacéutica adquiere un dominio discursivo y político primordial. Las enfermedades devienen en realidad o se hacen parte de la agenda de salud en la medida en que los cuerpos afectados son capitalizables en la industria farmacéutica occidental (46). Concluye la autora que tanto el deseo sexual como la enfermedad “no existen sin soportes técnicos, farmacéuticos y mediáticos capaces de materializarlos” (46).

En mi trabajo, resulta central definir el concepto de enfermedad para comprender su relación con la sociedad en que se inserta (la sociedad “post”). Esto, para luego en mi investigación poder vislumbrar qué significa la enfermedad en estas narrativas actuales, en qué cuerpos y espacios habitan las enfermedades, y cómo estas afecciones permean las subjetividades y los afectos. Para definir lo que entiendo por enfermedad, partiré utilizando el planteamiento de Anne Marie Moulin en “El cuerpo frente a la medicina”. Moulin realiza un recorrido por la historia de la medicina y la medicalización para dar cuenta del cambio en la experiencia de la enfermedad a nivel individual y social. Señala la autora que lo que logró el siglo XX, antes que eliminar las enfermedades, fue diluirlas, volviéndolas controlables y gestionables (30).

La vivencia de la enfermedad antes de los avances científico-técnicos de la modernidad implicaba contagios y muertes en masa que requerían una práctica médica de cuarentena y de aislamiento (no sólo del enfermo en particular, sino de zonas geográficas completas). Para la autora, la experiencia de la enfermedad previa a los avances médicos de la modernidad significaba la crisis del cuerpo. Los enfermos convalecían y agonizaban lentamente, y sus cuerpos eran “el teatro de un drama majestuoso”. El control de las enfermedades mediante la práctica antibiótica sistemática abrevia la convalecencia y devuelve al enfermo lo más pronto posible al trabajo. Se apunta también a una política médica preventiva a partir de la vacunación obligatoria y la promoción de conductas saludables. La salud toma un

lugar central en la sociedad contemporánea, pasa de ser un privilegio inasequible a una preocupación central desde los organismos públicos estatales e internacionales (Moulin 31). En nuestra contemporaneidad entendemos la salud como un estado completo de bienestar físico, mental y social. Esta noción ideal de salud abarca más allá de la salud del cuerpo y sus órganos, volviéndose “un reto para el orden social e internacional venidero” (Moulin 31). En este sentido, los médicos se vuelven “intermediarios obligados de la gestión de los cuerpos” (32) en tanto que se encuentran en una red de obligaciones que coinciden con los grandes procesos de socialización (escolarización, servicio militar, viajes...).

Anne Marie Moulin y Beatriz Preciado coinciden en la idea de una sociedad de la gestión política y técnica del cuerpo. Si bien al hablar de “técnica” Preciado ya incluye a la medicina y la industria farmacéutica, me parece importante resaltar la idea de la importancia de la salud en tanto ideal social, por lo que hablaré de una gestión política, técnica y médica de los cuerpos. El control farmacopornográfico implica un control mediático, global e interconectado de las subjetividades. Este control es más bien una creación de aquellas subjetividades, llevando a cabo su materialización a través de la endocrinología, la psicología (y psiquiatría) y la sexología (Preciado 32). Estas disciplinas transformaron en realidades tangibles de los conceptos de libido, conciencia, de femineidad y masculinidad, de heterosexualidad y homosexualidad: se convirtieron en sustancias químicas y moléculas comercializables, en cuerpos y biotipos humanos, transformando la depresión en antidepresivos, la masculinidad en testosterona, la fertilidad en píldoras, la erección en viagra y el sida en terapia (Preciado 33). En este contexto, la enfermedad resulta controlable, ya no se exhibe, pues puede ocultarse y disimularse (por lo general se oculta a través de elementos que simulan la salud; es un suplemento vitamínico, una dentadura postiza y una prótesis de pierna idéntica a la piel). Así también, el espacio común de la enfermedad, el hospital, se diluye y deja de representar un foco infeccioso (Moulin 31), ubicándose en las arterias principales de la ciudad. Las altas médicas permiten a los enfermos vivir su enfermedad en la comodidad de sus hogares y compatibilizarla con el trabajo y la vida cotidiana.

Un punto de inflexión en esta vivencia “post” de la enfermedad ocurre en los 80’s con la crisis del SIDA, lo que inaugura una vuelta al imaginario de la mortalidad por enfermedades infecciosas. Hasta entonces, se había proclamado el fin de estas enfermedades a partir del control de la peste y la viruela, y los esfuerzos de la medicina se estaban concentrando en las enfermedades hereditarias, cancerosas y degenerativas (Moulin 39-40). Este imaginario de la mortalidad desencadenó una metaforización a gran escala, la cual evoca a su carácter de “invasión” al cuerpo a la vez que su forma de transmisión polutiva (Sontag 103). La metaforización de las enfermedades tiene que ver con un proceso de asimilación de aquellas en nuestro entendimiento y de interpretación de mundo, que hace necesario el uso de metáforas para pensar o referirse a cuestiones complejas o abstractas. Las enfermedades, señala Sontag, generan fantasías punitivas y sentimentales que se transforman en estereotipos (11). Un ejemplo significativo de la metaforización (y que resulta significativo para esta investigación) es la correspondencia entre la sociedad y el cuerpo orgánico. Esta correspondencia ha sido dominante en la política desde Platón y Aristóteles, y entiende la sociedad como un cuerpo en donde existe una cabeza dominante que gobierna al resto del cuerpo (94). Para la autora, lo que permite esta metáfora es otorgarle al ordenamiento autoritario de la sociedad una justificación desde una naturaleza de las cosas, como una cuestión inevitable, inmutable y necesaria. No resulta complejo actualizar el funcionamiento de esta correspondencia en la modernidad, al esquema de ordenamiento habría que agregarle ver el flujo de la sangre por el cuerpo como los flujos humanos dándole vida al sistema (social-orgánico), dirigiéndose a los órganos como nos dirigimos al trabajo y centros urbanos en un ciclo continuo, repetitivo, rápido y eficiente. Si este ciclo se para, el cuerpo está en riesgo, tal como la paralización de las funciones en una fábrica, en una zona minera o en una compañía de trasportes pone en riesgo la estabilidad económica de un país.

Con estas reflexiones quiero llegar a que si la condición para que el cuerpo esté vivo es el orden y la estabilidad del sistema, la enfermedad, como alteración al completo bienestar que significa la salud, se vuelve su total alteridad, se metaforiza como

externa o impropia del cuerpo, como una invasora y enemiga de este (Sontag 96). La correspondencia entre cuerpo y sociedad se vislumbra también con las metáforas militares asociadas a la enfermedad: “los esfuerzos para reducir la mortalidad de una enfermedad se denomina pelea, lucha, guerra” (Sontag 97). Los anticuerpos o antibióticos son los soldados que luchan contra la enemiga (la enfermedad) en el campo de batalla que es el cuerpo. Contra las grandes crisis infecciosas del siglo XX se generaron “campañas” de erradicación que lograron controlar la mortalidad masiva. El protagonismo fue tomado por aquellas enfermedades gestionables descritas anteriormente. Así mismo, la “crisis de SIDA” dejó de ser crisis, la enfermedad se volvió gestionable mediante la terapia y se controló el contagio mediante campañas mediáticas de salud pública sobre el cuidado y el uso de preservativos. Con esto quiero reforzar la idea de que la sociedad “post” posee este carácter de ser una era de la gestión médica (y sexual, como señala Preciado) de los cuerpos, y que, por ende, resulta significativo que en estas narrativas actuales a trabajar aparezcan el cáncer, la endometriosis y el alcoholismo. Sobre las metáforas particulares asociadas a cada enfermedad, profundizaré en ellas mayormente en los capítulos pertinentes a cada texto. Sin embargo, la idea común de estas enfermedades es tanto su carácter representativo de la sociedad “post” como la experiencia o vivencia de la enfermedad compartida entre ellas. La experiencia de la enfermedad en tanto gestionable se vuelve individual, particularizada, es una experiencia solitaria. La enfermedad es nuestro dolor y propiedad privada, mi dolor empieza y acaba en los confines de mi cuerpo, y los otros no pueden contagiarse de mi afección. Aunque la enfermedad me sea propia y no pueda ser apropiada por el otro, los otros pueden verse afectados por la enfermedad. Sara Ahmed señala que la experiencia del dolor es contingente y está ligada a la experiencia de ser con los demás (61). El cuerpo que adolece busca que los otros reconozcan el dolor que siente, se busca un testigo que pueda leer los signos de su afección y que le da una vida a este dolor fuera del cuerpo que lo padece.

Para profundizar un poco más en la vivencia emocional de la enfermedad, usaré lo que Sara Ahmed entiende por afectos. Para la autora, las emociones se encuentran

en un punto medio entre una postura psicologizante o individualista de aquellas y una postura más externalizante, que entiende las emociones como prácticas culturales o sociales. Ahmed propone un modelo circular de las emociones, en donde estas fluyen y crean o comprenden los límites de los objetos (35). Por esto mismo, los afectos junto con movimiento también son vínculo (36), conectan al cuerpo con otros cuerpos, en un movimiento que genera emociones y experiencias distintas entre ellos. Lo relevante de estas reflexiones es situar la experiencia de la enfermedad y sus afectos no solo como una experiencia individual, sino como experiencia afectiva que se mueve hacia el espacio y hacia los otros, y que genera un vínculo particular con eso externo. Lo externo al cuerpo enfermo se conecta con sus afectos desde una vereda diferenciada, generando otra experiencia y otros afectos que se vinculan en este circular de la emoción. Esto último resulta importante al volver a la cuestión de la post. Pensar el flujo de la emoción como transmisión idéntica es imposible en tanto que la vivencia subjetiva de la post es la imposibilidad del otro y el miedo del otro en el régimen del yo. Esto, desde mi lectura, no quiere decir que las emociones queden atrapadas en los confines del cuerpo que las viven: estas necesariamente se vinculan con las cosas y los otros, pero lo que llega o lo que percibe ese otro es distinto a lo que siento. Si mi enfermedad produce dolor, resulta imposible para quien no está enfermo vivir mi dolor, pero aquello que le transmito a través de los signos de dolor en mi cuerpo se transforma en una reacción emocional (puede ser compasión, indiferencia, asco...)

A partir de lo que plantean Sara Ahmed y David Le Breton trataré de delinear lo que entenderé como cuerpo y su importancia en la experiencia del dolor, en tanto afecto protagonista de la enfermedad. Me parece fundamental el entendimiento del cuerpo en ambos autores como materia vivida. Para Le Bretón, el cuerpo es instrumento para conocer el mundo y materia de nuestra identidad (17). Los otros pueden ver y leer nuestro cuerpo, pueden percibirnos e identificarnos con un nombre, una historia, una clase social, un sexo, etc. Nuestra materia que es el cuerpo está circunscrito por la piel que establece una frontera entra un adentro y un afuera, una frontera que es viva en tanto porosa, que se abre permanentemente al mundo para experimentarlo de manera sensible. En esta piel, la experiencia del

dolor no es solo una reacción fisiológica, una traducción sensible de una lesión orgánica, es una interpretación íntima de una alteración de sí: “es simultáneamente experimentada y evaluada, integrada en términos de significaciones y de intensidad” (43). Esta experiencia orgánica se encuentra tamizada por nuestro pensamiento; no afecta solamente a un cuerpo orgánico, sino a un individuo particular que se inserta en una trama social, cultural, afectiva, y que posee una historia propia. Para Ahmed, la experiencia del dolor es fundamental para la formación de los cuerpos como entidades materiales y vividas (52), puesto que a través del dolor sentimos la piel como la superficie corpórea que nos mantiene separados del afuera y de los otros (53). La piel a la vez que nos contiene es el lugar en donde los otros y los objetos dejan una impresión en nosotros (54). Esta impresión en el cuerpo se representa, visual y narrativamente como la herida, que es “huella del lugar en que la superficie de otro ente (aunque sea imaginario) se ha impreso en el cuerpo.” (58). Todo esto resulta significativo para ir asimilando la experiencia de la enfermedad y del cuerpo enfermo como una experiencia dolorosa que habita un individuo particular, y que se integra vinculada a tramas sociales, culturales y afectivas. Junto con esto, el dolor que habita mi cuerpo y mis confines se experimenta de manera viva, siendo sensible al entorno, a los objetos y a los otros que miran y leen la enfermedad en mi cuerpo. Las huellas en mi cuerpo son signos de mi enfermedad y mi dolor. En la enfermedad, el cuerpo es materia de interpretación en donde los otros observan y reaccionan a mi dolor, sienten pena, rabia, asco, repugnancia, pueden alejarse de mí o acercarse a mí de manera empática. No es estática, es viva en tanto materia en permanente mutación, reacción y degradación.

En los dos capítulos dedicados al análisis de las obras particulares, usaré el concepto de “cronotopo” de Mijaíl Bajtin como “la unión de los elementos espaciales y temporales en un todo inteligible y concreto” (238) resulta fundamental para pensar la enfermedad en una puesta en obra sobre el cuerpo y sobre el espacio, articulado temporalmente como una progresiva degradación, el cual me parece apropiado llamar un “espacio- tiempo de la enfermedad” o un “espacio-tiempo de la degradación”. Para Bajtin, el tiempo y el espacio se asimilan

y se interceptan artísticamente en la literatura, siendo el cronotopo una categoría de forma y contenido en donde el tiempo se condensa y moldea para ser visible artísticamente, a la vez que el espacio se intensifica y penetra en el movimiento del tiempo y de la historia. Por esto, el cronotopo es un centro organizador de los acontecimientos argumentales de la obra (400), a la vez que es elemento figurativo en el cual los acontecimientos “adquieren cuerpo” y se convierten en imágenes que llenan de sentido el argumento.

En la investigación que pretendo desarrollar, trabajaré bajo la hipótesis interpretativa de que la representación de la enfermedad y del cuerpo enfermo en las narrativas actuales de Chile y Argentina alegoriza la sociedad “post”. Entiendo el concepto de alegoría como un procedimiento retórico que expresa un pensamiento o una idea compleja pasando de un sentido literal a un sentido figurado (Calderón 23). La alegoría es una figura de pensamiento en donde se representa una idea compleja o una idea macro vinculada a la totalidad de una obra. La alegoría en los textos a trabajar la identifiqué en la correspondencia entre las enfermedades representadas (patologías crónicas que se encuentran “bajo control”, que son “gestionables”, y mantienen las apariencias de un cuerpo sano y en orden) y la sociedad “post” -de postdictadura, postmoderna, postliberal- en donde prevalece un orden y una ausencia de crisis, pero que, al igual que en la enfermedad de las narrativas actuales, es un orden aparente. La enfermedad en estas narrativas actuales va degradando el cuerpo enfermo, el espacio y las relaciones con los otros en un **espacio-tiempo de la degradación**.

Capítulo uno:

Nancy de Bruno Lloret o la vida como “desierto de cruces”.

*Hay cosas que es mejor borrarse de la
cabeza, mijita. Este mundo es un desierto de cruces.*
(Lloret 78)

El epígrafe corresponde a un enunciado en voz del personaje de papá santo. El contexto es el siguiente: después de meses de haber estado distanciados, Nancy vuelve a la casa de su padre en “Ch”. Papá santo había echado de la casa a Nancy luego de descubrirla ganando dinero por medio de unos gringos que invitaban a jóvenes a la playa para verlas desnudas y consumir *jale*². Nancy al volver se propone vivir de manera íntegra. Estudia la Palabra y se dedica a cuidar el hogar. Se acaba la “maldición del padre” (77) y entre ambos recuperan la felicidad. Sin embargo, Nancy siente en la tranquilidad un silencio inquietante. Papá santo le dice como lección de vida que mejor olvidar ciertas cosas, que el mundo es un “desierto de cruces” en donde “hay que agachar el moño, tener fe, ser alegre” (Lloret 78).

El desierto es una geografía cuyo simbolismo se encuentra muy ligado a los textos bíblicos. El desierto en tanto paisaje árido se opone al simbolismo del agua como fertilidad y nacimiento (Cirlot 167). Contrario a esto, el desierto es un paisaje de espiritualidad y ascetismo. Según San Mateo, el desierto es la guarida de los demonios, es el mundo alejado de dios en donde ocurrió el castigo de Israel y la tentación de Jesús (Cit en Chevalier 411). También es el lugar en donde la voluntad del hombre se entrega por entero a la voluntad de Dios en medio del desamparo, la sequía y la soledad de una tierra deshabitada. Así, para Juan Eduardo Cirlot, el desierto implica para el hombre “la consunción del cuerpo para salvación del alma” (167). El simbolismo del desierto resulta coherente con lo que simboliza la cruz en la tradición judeocristiana, en tanto símbolo que expresa el martirio de cristo de la

² Nombre popular para referirse a la cocaína.

crucifixión (Chevalier 363). Ambos símbolos evocan la imagen del peregrinaje o tránsito hacia una salvación que implica un pasar martirizante. El sentido metafórico bíblico del desierto es patente en *Nancy* (2015) cuando la narradora, su padre y dos mormones deben viajar a la ciudad de “C”, una ciudad contaminada y deshabitada a causa de una gripe que se expandió en masa matando a los cerdos de la zona (Lloret 61). Un episodio significativo de este tránsito es cuando papá santo se baja del auto en el cual viajaban y se acerca a hablar con uno de los militares que custodiaba la zona:

Cuando pasamos de nuevo por la procesadora, mi papá paró la camioneta y se acercó con un pañuelo destilando Flaño en la cara hacia los pacos blindados × Un chorro de agua le pasó rozando la pierna × Papá santo levantó la mano libre y gritó algo que creo debe haber sido “venimos en son de paz” o “Faraón deja ir a mi pueblo (65).

En esta cita hay una referencia al episodio bíblico en donde Moisés se enfrenta al faraón egipcio para exigirle que libere a los hebreos de la esclavitud. La referencia es más evidente cuando se dice que el hermano de papá santo se llama Aarón (el mismo nombre que el hermano mayor del profeta Moisés) y cuando Nancy enuncia que el paisaje tóxico de “C” le recuerda a “las diez plagas que Dios mandó a los egipcios” (62). En el relato bíblico la liberación del pueblo hebreo implica un posterior éxodo y peregrinación por el desierto durante 40 años. En aquel tránsito el pueblo hebreo padece el desamparo y el exilio bajo la esperanza de la tierra prometida. Con esto, me parece que es evidente el sentido bíblico de la metáfora del desierto como peregrinación de consunción del cuerpo para la salvación futura. Lo que expresa la metáfora de la vida como desierto de cruces en *Nancy* (2015) es un entendimiento del paso por el mundo como tránsito tortuoso y solitario, como sufrimiento físico (sobre el cuerpo) y degradación subjetiva, al cual se debe resistir con la fe en una recompensa posterior.

En la novela, este tránsito tortuoso resulta evidente en el personaje de Nancy. El presente narrativo desde donde se recuerda la infancia hasta un estado actual de cosas da cuenta de una progresiva degradación subjetiva, interpersonal y física. En este presente encontramos a la narradora (Nancy) experimentando un cáncer de útero y senos en una fase terminal. Mi hipótesis interpretativa de la novela es que el

presente de la enfermedad constituye el punto crítico de un relato personal que da cuenta de una subjetividad y un cuerpo dañados por la violencia, el abandono, la marginalidad y relaciones afectivas degradadas. Esta historia personal de Nancy se materializa en el cuerpo como enfermedad, siendo el cáncer el resultado de una vida como “desierto de cruces”.

En relación a este relato personal en *Nancy*, planteo que existe un cronotopo de la enfermedad o de la degradación, en donde la experiencia de la enfermedad es el punto inicial y tiempo presente, a la vez que punto de fuga desde el cual se recuerda de manera fragmentaria el pasado. Los espacios más significativos de esta regresión a la infancia son el hogar familiar, la ciudad enferma y el desierto, los cuales se articulan en torno a dar cuenta de cómo se llegó a un estado actual de cosas. En el primer subcapítulo de este análisis daré cuenta del recuerdo del pasado ubicado en el territorio familiar y en el espacio del hogar. En el segundo subcapítulo haré un análisis de los relatos cuyos espacios son externos al hogar familiar, principalmente las ciudades marginalizadas y enfermas y el desierto. Por último, daré cuenta de este presente de la enfermedad, narrado desde la intimidad, cuyo espacio es el del hogar y de la habitación como lecho de muerte.

Abandono y desarraigo en un cuerpo culpable

La familia de Nancy, en un principio, se encuentra constituida por madre, padre y un hermano. La primera, denominada “mamá mala”, representa un afecto mayormente negativo que se vincula a la violencia y al abandono. El padre (“papá tonto”) y el hermano representan sus relaciones de amor, arraigo y cuidado. En un principio, la relación más importante es con Pato, su hermano. Nancy dice: “Mi hermano era un superhéroe” (34), después de recordar la protección de Pato frente a los episodios violentos de “mamá mala”. Entre Nancy y mamá mala no existe amor. Nancy señala que mamá descargaba sus frustraciones con ella. Como nota al pie, en el texto aparece el recuerdo de lo que mamá mala decía:

Tu papá es maricón. Me casé con otro hombre yo. No me toca hace meses por tu culpa. Olvídate de usar la ropa del closet: va a estar con llave hasta que aprendai a ser mujer. Cuando naciste pensé que estabai muerta, y ojalá te hubierai muerto. Ojalá el doctor se hubiese ensañado con tu cogote cabra

culiá. Ojalá hubierai nacido muerta muerta muerta. Me cagaste las caderas. Ni el pato salió tan feo y grande, pendeja culiá. (34)

El odio que siente mamá mala por Nancy tiene como única justificación una culpa originaria, proveniente del nacimiento. Esta culpa que fomenta mamá mala sobre Nancy posteriormente se vincula al cuerpo de Nancy en tanto cuerpo sexualizado. En ambos casos, se hace patente que existe un clima de culpa en torno a Nancy que la persigue durante todo el relato de la infancia. Mamá mala propina dos amenazas sobre Nancy: la primera, que sería vendida junto con su hermano a los gitanos (29).

Como consecuencia del daño que provoca mamá mala, el cuerpo de Nancy experimenta el miedo: Nancy experimentaba pesadillas y se orinaba en la cama. La segunda amenaza es anunciada después de que en las playas de “Ch” comienzan a aparecer cuerpos muertos de mujeres. Mamá mala encierra a Nancy en el hogar y le da a entender que su cuerpo en plena pubertad la hace vulnerable. Un día le dice: “Cuidaito, que ya estai lista cabrita, como una cucarda abierta a los moscardones, a la leva (...) × Y va a ser peor cuando te llegue la regla××× Ojalá no te llegue nunca× (47). Esta amenaza provoca curiosidad por los cambios del cuerpo. Nancy se mira en el espejo y se palpa los senos. Además, nota como despiertan sus instintos sexuales con uno de los gitanos de la caravana que ronda “Ch”.

El gitano Jesulé provoca ensoñaciones eróticas que hacen sentir a Nancy “caliente” (excitada), dice sentir el cuerpo “como si me hubieran restregado *mentolatum*³ por todos lados” (49). En este sentido, el cuerpo es el lugar invadido por la respuesta sexual de la excitación. El lugar en donde se experimenta la sensación de excitación, viscosa, húmeda e invasiva como de *mentolatum*, es la piel. Entiendo a la piel, a partir de David Le Breton, como aquella frontera porosa que circunscribe el cuerpo y permite experimentar el mundo (17). También es la piel nuestra superficie y frontera, que separa un “adentro” de un “afuera”, lo “interno” de lo “externo” (Le Breton 17). Intuyo que la excitación como experiencia vivida en la superficie del cuerpo de Nancy da cuenta de un entendimiento del deseo sexual como algo externo o ajeno al cuerpo que lo vive, como una invasión impropia y por

³ Ungüento tópico de mentol.

tanto culposa. En el ambiente familiar y social de Nancy la moral judeocristiana es importante, e influye en ella haciendo de su cuerpo un cuerpo culpable frente a los deseos sexuales que aparecen en su infancia. Cuando comienzan los encuentros sexuales con Jesulé, Nancy dice: “Pero los diablos que andan siempre rondando quisieron que mi mamá huyera (...) Y a la semana de vivir sola con mi papá me encontré al gitano fuera de la casa...” (49). Así, el pecado y la tentación se entienden como algo que ronda, que está al acecho de un cuerpo que puede ser invadido.

Los encuentros sexuales entre Nancy y Jesulé son esporádicos, rápidos, sin palabras de por medio. Sobre el primer encuentro, Nancy narra: “×××Abrí la reja××× ×× ×Él pasó tranquilo. Entramos a la casa y sobre las baldosas del living me culeó ××××Luego se lavó la cara y se fue ××××” (50). Nancy narra la misma seguidilla de acciones en los otros encuentros: penetración, eyaculación y fuga de Jesulé. El sexo es también agresivo con el cuerpo de Nancy, pues produce sangrados con cada penetración (51). Byung-Chul Han, en relación a la agonía del amor⁴ en nuestra sociedad contemporánea, señala que hoy el amor se positiviza como sexualidad sometida al rendimiento (13), lo que quiere decir que el otro o el cuerpo del otro es sexualizado como objeto excitante. Este tipo de relación sexual se orienta sólo a engendrar disfrute y placer (Han 14). Señala el autor que resulta imposible, en nuestro contexto, amar al otro, pues este otro se encuentra despojado de su alteridad (13). El otro no es persona, sino que objeto despojado de identidad o “rostro” (14). Los encuentros precarios de Nancy con el gitano tienen este carácter de sexualidad despersonalizada. Jesulé es casi un anónimo del cual solo sabemos el nombre y etnia. A su vez, Nancy es una anónima que es penetrada y abandonada. En estos encuentros, ninguno es un “otro” o una personalidad, sino que son objetos y momentos de placer.

Nancy narra un episodio en el que se le aparece Cristo en una mancha de sangre. Mientras fregaba el piso y se excitaba pensando en Jesulé salió sangre de sus dedos. La sangre formó un charco en donde se formó la cara de Cristo. Esta aparición le

⁴Ver en “Marco teórico metodológico”, pp. 8-9.

dijo: “Nancy Cortés, ¿por qué me abandonaste?× (...) Tu padre se retuerce de dolor entre su trabajo y los falsos ídolos, y tú acá Nancy...y tú acá... arrastrándote por el suelo como una perra con distemper...” (59). Aquí es patente la presencia de la culpa en Nancy, una culpa ligada a la moral judeocristiana. La culpa es un afecto que tiene que ver con la ruptura de reglas culturales. Se encuentra relacionada con la vergüenza, pero para Donald L. Nathanson, esta última tiene que ver más con una cualidad del “yo” (cit en Ahmed 167). Nos dice el autor que:

Mientras que la culpa se refiere al castigo por ofensa, por la violación de algún tipo de regla o ley interna, la vergüenza se refiere a alguna cualidad del yo. La culpa implica acción, mientras que la vergüenza implica que alguna cualidad del yo ha sido puesta en tela de juicio (cit en Ahmed 167).

Sara Ahmed es enfática al señalar que la culpa y la vergüenza no son emociones diferentes, sino que la vergüenza es la asimilación propia del acto “malo” o “erróneo” en nuestro cuerpo, como si lo desagradable de una acción se transfiriera a nosotros (167). En este sentido, el cuerpo de Nancy es un cuerpo culpable en tanto Nancy es transgresora de la moral cristiana, como pecadora de cuerpo y mente. Al mismo tiempo es un **cuerpo avergonzado** que, a partir de la mirada del otro (la de la aparición de Cristo), lo supuestamente desdeñable de su actuar se transfiere hacia aquel. El juicio de la aparición sobre Nancy la compara con una “perro con distemper”. Tras la mirada enjuiciadora que señala la culpa el cuerpo de Nancy se ve asimilado o impregnado del error y del pecado.

La familia de Nancy se disuelve, primero, con la partida de Pato a Puerto Grande y con su posterior muerte/desaparición fuera de una disco (36). Con la ida de Pato, Nancy experimenta el abandono: “Pensé que todos se daban a la fuga de mi menos la madre mala.” (42). En el tiempo que transcurre entre la partida de Pato a Puerto Grande y su desaparición, Nancy debe permanecer en el hogar con mamá mala. La estancia relegada al hogar se le hace larga, injusta. Nancy ve a su madre como una mujer histérica, en permanente tensión, preocupada e irritada por el hogar y la familia. La siente como un peligro que puede desatarse en cualquier momento. Con la desaparición del hermano, la histeria del hogar desaparece y se vuelve silencio. Dice Nancy que “Durante ese tiempo en la casa todos andaban callados.”(45). El

silencio en el hogar familiar aparece con el dolor. El dolor y la perplejidad ante la desaparición de Pato desplazan las palabras. Tanto el padre como la madre no pueden decirle lo que pasó a Nancy, lo evitan. Luego de un tiempo, mamá mala abandona a Nancy y a su papá. Dice Nancy que mamá aprovechó para desaparecer un día que fue a buscar el cuerpo de Pato a Puerto Grande (50). Nancy se queda sola con su padre. El territorio familiar ya desintegrado se vuelve aún más inestable con un papá deprimido, sumido en sí mismo.

Papá tonto termina por convertirse en “papá santo” (57). Un par de mormones extranjeros logran convencer y convertir al padre a su religión. Para Nancy, la religión se aprovechó de la debilidad de su padre:

Maldita palabra. Trepadora verdad, aprovechándose de esa manera tan cruel, tan burlesca, de un hombre que hasta hacía ya algunos minutos ya se pensaba sin alma. Yo la sentía: ahí estaba, en el ambiente, empapándolo todo con su cuerpo (...) Sentía como el Eco de Dios se impregnaba en los cimientos de la casa. (55).

Además señala Nancy que la fe había entrado en papá santo “como un vaso de agua a un burrero del desierto”. El desierto, como se ha señalado anteriormente, remite simbólicamente al sacrificio y al ascetismo. En este caso, la visión del padre como un burrero en el desierto da cuenta del entendimiento de la vida como tránsito tortuoso. La religión aparece para el padre como una salvación del abatimiento vital por el cual estaba pasando. Para Nancy, sin embargo, la llegada de los mormones significa un aprovechamiento a la vez que una invasión al hogar. Más bien, es la religión la que se aprovecha y seduce al padre descarriado. La religión se apodera del espacio del hogar familiar, y el hogar ahora es el hogar santo. Posteriormente cuando papá santo se da cuenta de que Nancy estaba pasando las tardes con unos gringos que grababan películas con niñas en la playa, decide echarla de la casa. Le dice: “Tu hermano está muerto, y tú resultaste ser una puta. Ándate. Ya no tengo hijos” (67).

La presencia de una moral cristiana en el hogar familiar obliga a Nancy a la expulsión y al desarraigo. Nuevamente una mirada enjuiciadora hace de su cuerpo un cuerpo culpable, un cuerpo de “puta” que debe pagar por sus actos. Y aunque

Nancy vuelve posteriormente al hogar santo, esta siente en el ambiente un “silencio inquietante” (78). Creo que este silencio tiene que ver con la presencia invasiva de la religión. Esta presencia marca una rigidez y un nuevo comportamiento ascético y abnegado, pero también incomodo e inquietante en Nancy.

1.2 Una geografía enferma

En este subcapítulo, pretendo abordar aquellos espacios externos al hogar familiar y que también son parte del relato de la infancia en *Nancy*. Aquellos son las ciudades (“Ch” y “C”) y el desierto. He denominado las primeras como “geografías enfermas” puesto que son ciudades invadidas por la toxicidad industrial, asediadas por plagas, desoladas y deshabitadas y/o invadidas de cuerpos mutantes.

La ciudad en donde se ubica el hogar familiar de Nancy es “Ch”. Nancy pasa las tardes con otras niñas y su hermano en las playas de Ch. En una de aquellas tardes, a Nancy y a su hermano los van a buscar sus padres. Nancy permanece enclaustrada en su casa por un tiempo. Posteriormente Nancy se entera de que la razón de su encierro es la reciente aparición de cuerpos de mujeres en la playa (40). Su hermano le dice que lo mejor es que se quede en la casa. Pato además le dice: “Si me preguntas a mi te diría que fueron los de puerto grande, o quizá algunos mutantes” (41). Luego se explica en una nota al pie:

Entre puerto grande y Ch habían varios pueblos chicos: el único más grande, incluso que Ch, y que quedaba al interior, era un lugar bendecido por el progreso: a pocos kilómetros de las últimas casas de San Fermín se alzaba una planta de energía a carbón que había destrozado el paisaje en menos de diez años. Los que quedaban ahí, los que aún no se iban, era gente demasiado pobre como para dejar de trabajar en la planta × Los niños nacían con problemas pulmonares, y sus cuerpos adquirían con los años el color de la ceniza y la consistencia de la lana cuando estaba mojada × Los podías reconocer desde lejos, por su forma de caminar, siempre agotados, y sus pechos pequeños, hombros caídos, coronados por unos ojos secos, afiebrados × Cuando llegaron los primeros refugiados al colegio a algún buen Samaritano se le había ocurrido el nombre y listo: de ahí en adelante serían, todos, mutantes. (41).

Tras la hipótesis de que los mutantes fuesen los violadores y feminicidas, Nancy y Pato se ríen, pues para ellos suena absurdo: “Ni entre veinte podrían haber violado a la más débil del barrio, a la pendejita más pendejita ×××” señala Nancy. En los

alrededores de Ch la toxicidad del espacio es productora de cuerpos mutantes, alterados en su forma, color y consistencia. Son cuerpos que reflejan debilidad y que son portadores de enfermedad desde el nacimiento. Son cuerpos que nacen condenados. Algunos de estos cuerpos intoxicados por la industria son refugiados en “Ch”, otros deben permanecer en la geografía enferma debido a la pobreza. Antes que miedo o asco, son cuerpos que causan lástima, pues carecen de la posibilidad de hacer daño.

Otra geografía enferma, próxima a “Ch”, es “C”. Nancy, papá santo y los mormones que acompañaban a su padre por ese entonces, viajan a “C” para ir a buscar al hermano de papá santo. “C” es un lugar deshabitado, en donde solo viven los trabajadores de una procesadora de cerdo. El lugar se encuentra en ese estado desde que uno de los cerdos se enfermó de gripe, la gripe mutó y se expandió descontroladamente (61). Los cerdos fueron sacrificados y la gente del pueblo quedó sin trabajo. La crisis provocó olas de protestas y el territorio fue situado por militares, los cuales se encargaron de desalojar a la gente (62). Dice Nancy que posteriormente ella vio por televisión reportajes sobre las industrias. Señala que eran como “campos de concentración” (62): “chanchos gigantes revolviéndose en su mierda, pegando chillidos, cagados de susto ×××”. Cuando Nancy, su padre y los mormones visitan “C” la descripción del espacio se vuelve más infernal. Nos dice Nancy que sintieron a kilómetros el olor asqueroso de la planta: “Apenas divisamos las columnas de humo que salían de sus chimeneas mi papá paró el auto en seco y nos bajamos todos a vomitar × Todos × Era insoportable ×” (62). El ingreso a este paisaje infernal pone en alerta a todos los sentidos del cuerpo. Genera asco, repugnancia. El cuerpo responde con vómitos y llanto. Luego, al acercarse a la planta, las imágenes del lugar producen perplejidad e impacto: se encuentran con militares con metralletas y máscaras antigas, carros de fuerzas especiales y una inmensa manada de perros hambrientos y rabiosos (63). Nancy observa a los mormones perplejos y miedosos, rezando los salmos, y dice: “Pensé que pensaban: miles de kilómetros en misión evangelizadora para llegar, finalmente, a contemplar una escena de infierno × × × ×” (63). Esta geografía toxica es también territorio desolado, allí no encuentran puertas ni ventanas

abiertas, ningún negocio o edificio habitado, solo manadas de perros hambrientos y moribundos. La gente que habitaba el territorio enfermo de “C” vive encerrada como el hermano de papá santo (Aarón). Cuando Nancy sale a buscar comida por “C”, al entrar a una casa encuentra dos cadáveres de una pareja de ancianos, ya con las carnes secas (65).

La geografía enferma de “C” es un territorio asediado por la toxicidad de cadáveres infectados, es un territorio enfermo por la industria, casi sin rastros de vida, en donde se pudren al sol cadáveres de cerdos, humanos y perros. Me parece importante poder ver la cuestión de las geografías enfermas a la luz de un análisis sociológico de lo “post” de la mano del autor Ulrich Beck. Para este autor, en nuestro momento actual del capitalismo, parece que la producción y el avance científico-técnico llegaron a su límite (17). La gran producción social de riquezas de esta modernización, sin embargo, ha traído consigo una producción creciente y expansiva de riesgos (17). Los riesgos en nuestra sociedad se plasman como “amenazas irreversibles a la vida de las plantas, de los animales y de los seres humanos.” (19). Las amenazas sociales que traen consigo la modernización y la producción de riquezas se ve plasmada en estas geografías enfermas invadidas por la toxicidad industrial, siendo contaminados y degradados los territorios y los cuerpos que lo habitan. Los mutantes provenientes de los alrededores de “Ch” son producto de la toxicidad de la planta de energía a carbón. San Fermín, el lugar beneficiado por la producción de riquezas de la planta es visto como “un lugar bendecido por el progreso” (41). La bendición de un espacio resulta maldición para el lugar y los cuerpos que habitan las cercanías de la planta. Semejante a esto, “C” es una geografía asediada por la enfermedad, la muerte y la desolación. Es un territorio deshabitado que dejó como huella del virus y los conflictos sociales que allí ocurrieron un hedor permanente y repugnante a cadáver.

A papá santo lo despiden de su trabajo de contador. Nancy y él pasan hambre hasta que a ambos les ofrecen trabajar de extras en una película en la “ciudad maqueta” (94). La “ciudad maqueta” estaba ubicada en una geografía árida, e intentaba simular las oficinas salitreras que habían existido hace varios años. En este espacio Nancy pierde de vista a Papá santo (pasa a ser “papá perdido” (99). Nancy

deambula por distintos territorios en búsqueda de papá santo. El precario arraigo afectivo que se había establecido en el hogar santo se acaba con el viaje a la “ciudad maqueta”. Allí, el abandono y la soledad llegan a un punto radical con la desaparición de papá santo. Nancy siente angustia por verse sola deambulando en el mundo. Cuando Nancy vuelve a la ciudad Maqueta, encuentra el cementerio de cruces en donde antaño estaba enterrado su abuelo (el padre de papá santo, quien fue minero del salitre) (129). En este cementerio halla una cruz con el nombre de su hermano perdido. Al encontrarse con papá santo, este le explica que desde la PDI⁵ lo llamaron para reconocer una parte del cuerpo de su hermano. El padre no pudo reconocer la mano: “ese pedacito de carne podría haber sido de cualquiera” (132). Aunque no se encuentra respuesta a lo ocurrido con Pato, para Nancy y para el padre este entierro simbólico del hermano-hijo funciona como un breve punto de inflexión en la historia de sufrimiento de ambos. Papá santo le dice a Nancy: “Mejor dejarlo en paz, hija, y de paso dejarnos en paz a nosotros también × × ×” (135). Con esto, Nancy decide irse a Bolivia para no volver. Es una nomadía final y definitiva sin ningún rumbo fijo. Es un viaje que surge por la seguridad de saber que ningún arraigo es posible ni en “Ch” ni en “ciudad maqueta” ni en ninguno de estos territorios.

1.3 Agonías de un cuerpo enfermo

El tiempo presente desde donde Nancy entrega su relato es la vivencia de la enfermedad. El relato personal de Nancy se articuló en torno a tratar de explicar, de forma fragmentaria (no lineal), cómo se llegó a un estado actual de cosas. Este estado actual es el presente de la enfermedad como experiencia dolorosa y solitaria. En este presente, el espacio tiempo-espacio principal es el de la habitación y el de la cama como lecho de muerte. Desde este lecho de muerte, Nancy recuerda la infancia triste, los distintos abandonos (de Pato, de su madre, finalmente de papá santo), la desintegración familiar y el desarraigo de los distintos territorios (familiar-afectivo y territorios físicos).

⁵ Policía de Investigaciones. Es la policía civil investigativa de Chile.

En este tiempo presente, el cuerpo que enuncia la historia es un cuerpo enfermo por cáncer de útero y senos. Es un cuerpo que fue cercenado por la enfermedad, al cual le extirparon los pechos y el útero (23). La degradación progresiva (física y subjetiva) que provoca la enfermedad sobre el cuerpo de Nancy se enuncia principalmente como dolor y cansancio: “Llegaron los achaques de la quimioterapia, finalmente, y comenzó la lenta retirada: casi no dormía y me entregaba a largas horas en cama, en donde reposaba semidormida, sintiendo todos los huesos de mi cuerpo tirantes × × ×” (25). El dolor que experimenta Nancy es un dolor que invade todo el cuerpo, que cala hasta los huesos y que tumba a Nancy en la cama. El afecto del dolor, para Sara Ahmed, es crucial para la formación del cuerpo como entidad material y vivida (52). El dolor demanda atender a una existencia corporizada. A través del dolor recuperamos la conciencia sobre nosotros mismos y sobre nuestro cuerpo, nos damos cuenta de nuestros límites y prestamos atención a lo que duele del cuerpo (Ahmed 56). Señala Ahmed que el dolor hace tomar conciencia del cuerpo como “mi morada corporal o el espacio que habito cuando siento dolor” (56). Al mismo tiempo, el dolor deja signos en el cuerpo que pueden ser leídos por los otros. El dolor se siente como algo impropio del cuerpo, que se rechaza, es algo que se niega y que se representa visualmente y narrativamente como “la herida” (Ahmed 56). Esta herida es una impresión en el cuerpo que “se siente y se ve como la violencia de la negación”. A Nancy los signos de la enfermedad que ve en su cuerpo le causan pena, la degrada subjetivamente ver su cuerpo cansado, mutilado. Dice Nancy que:

“Cuando me extirparon los pechos y el útero, y volví a ver a Tim luego de su sesión de arrastre, su cara permaneció serena × Me pidió que le mostrara cómo era ahora × Con pena me saqué la bata y me miré a la vez que el gringo me miraba: donde habían estado mis pechos y mi ombligo ahora habían cierres de jeans ×” (23)

La enfermedad de Nancy provoca la mutilación de los senos y el útero. Esta mutilación deja huellas visibles que para Nancy son como “cierres de jeans”. La mutación del cuerpo por la enfermedad reemplaza miembros del cuerpo por heridas que se sienten como impropias, como algo externo pegado al cuerpo. Las

heridas, junto con la pérdida del cabello, hacen que Nancy vea y sienta su cuerpo como uno moribundo. Dice Nancy que:

“Saber que te vas a morir es horrible no sólo porque no quieres morir, sino porque la duda siempre sobrevive, y en mí sobrevivía, como una esperanza mínima agazapada detrás de los ojos. A pesar de mi figura esquelética, de estar totalmente mutilada, de ser un campo estéril ×”(24).

Este segmento del texto da cuenta de la impresión de la enfermedad en el cuerpo que es sentida por Nancy como la “violencia de la negación” (Ahmed 56). La presencia de las marcas en el cuerpo hace imposible negar la realidad corpórea moribunda y agónica. Así Nancy constata que su cuerpo se está muriendo, mientras en su mente pervive la esperanza de sobrevivir. También un testigo de su enfermedad afirma su destino: el doctor que revisa sus radiografías, después de preguntarle a ella si las había visto, le dice: ¿Y qué quiere que le diga entonces, Nancy?(23). Y Nancy le responde: “Tranquilo, doctor, si me voy a morir nomás...”. Otro testigo de la enfermedad de Nancy es Tim, el gringo con quien vive después de viajar y separarse del padre. Cuenta Nancy que al ver Tim su cuerpo cercenado, este emite un breve comentario y se larga: “Tim dijo: Como las Amazonas. Luego no abrió más la boca, me abrazó con delicadeza, preparó un almuerzo ligero y se fue a tomar por ahí ×” (23). Tanto la reacción del médico como la de Tim son reacciones de silencio, ambos parecen testigos indiferentes al dolor de Nancy. Esta señala que: “× El silencio de todos, a la larga, es peor que estar muriéndose × Quizá peor incluso que la esperanza × (25). Creo que esta desesperación que provoca el silencio de los otros tiene que ver con lo que señala Ahmed sobre la necesidad de tener un testigo del dolor que se padece (61). La autora señala que el cuerpo que padece, al no poder transmitir de manera idéntica su dolor, busca un testigo que pueda reconocerlo y darle una vida en otro cuerpo (61). El testigo puede leer los signos del dolor en el cuerpo que padece y, si existe un vínculo de amor, el testigo podría desear tener (y despojar) el padecimiento del otro (Ahmed 61). En el caso de Nancy, al no existir vínculos afectivos amorosos, la lectura del dolor su cuerpo no se traduce en empatía o reconocimiento, sino que en silencio. Esta ausencia del amor no es propia de este periodo de su vida, sino que es tónica de todo el relato de la infancia.

Leo esta degradación de las relaciones humanas presente y sostenida en el texto como representación de la experiencia subjetiva de nuestra sociedad contemporánea “post”. Esta sociedad “post” se caracteriza por padecer de una “agonía del eros”(Han 5). En esta “agonía del eros”, señala Byung-Chul Han, la experiencia erótica resulta imposible puesto que el “otro”, al cual se dirige el eros, carece de lugar en el régimen del “yo”. Por esto la experiencia del dolor en Nancy, desde el relato de la infancia hasta la actualidad de la enfermedad, es un dolor que se contiene en el cuerpo de Nancy sin posibilidad de salida o transmisión.

La enfermedad que habita el cuerpo de Nancy, el cáncer, me parece que es una enfermedad representativa de la sociedad “post” en tanto sociedad de la gestión de los cuerpos⁶. Al hablar de una sociedad de la gestión, me refiero a que en nuestro contexto existe una gestión médica y política de la sociedad, mediante el dominio de los cuerpo y la sexualidad, al cual Beatriz Preciado llama “régimen farmacopornográfico” (35). En este contexto, las enfermedades se vuelven también gestionables y controlables (Moulin 30).

Las enfermedades protagonistas de la sociedad de la gestión son aquellas llamadas “crónicas”, que se caracterizan por ser controlables, que pertenecen al cuerpo que las padece y no exceden sus fronteras (no existe la lógica del contagio). La experiencia de la enfermedad en tanto gestionable se vuelve individual, particularizada, siendo una experiencia solitaria. Junto con esto, las metaforizaciones⁷ de la enfermedad del cáncer son también coherentes con lo que implica a nivel cultural y subjetivo la sociedad “post”. Señala Susan Sontag que hoy en el imaginario colectivo, el cáncer es una enfermedad de la insuficiencia de la pasión (28), que aqueja a los inhibidos sexuales o a los que carecen de pasiones, espontaneidad o cólera. Lo que causaría cáncer es la represión emocional (29), principalmente del dolor. Quienes poseen cáncer son vistos como “deprimidos”, “insatisfechos” o “agobiados” (Sontag 55). El lenguaje que utilizan estas metáforas, señala la autora, llevan el sello inconfundible de nuestra cultura de consumo (56). Además, señala Sontag que la invasión del cáncer en el cuerpo es considerada una

⁶ Ver en “Marco teórico metodológico”, pp. 11

⁷ Ver en “Marco teórico metodológico”, pp. 12

“degradación del yo” (99). Tales características coinciden con la hipótesis interpretativa que planteo para *Nancy* de Bruno Lloret: la enfermedad (el cáncer) aparece en Nancy como producto de una vida como “desierto de cruces”. Aquella es una experiencia vital llena de relaciones humanas degradadas, abandono, soledad y carencia de amor. Cabe mencionar que el cáncer también se metaforiza como una tacha para quienes se han permitido comportamientos “erráticos” o “peligrosos” (Sontag 111). Así, por ejemplo, el cáncer de pulmón se considera “castigo por llevar vidas malsanas” (Sontag 111). Para el caso de Nancy, intuyo que el cáncer de senos y útero aparece como consecuencia de los encuentros sexuales precarios, agresivos e incluso dolorosos con Jesulé y con Tim. También podría leerse como un castigo por su comportamiento sexual errático con respecto a la moral cristiana. En la experiencia vital de Nancy el dolor se acumula en su cuerpo hasta llegar a un punto crítico, materializándose en enfermedad.

La experiencia de la enfermedad en el texto aparece principalmente puesta en escena en el espacio del hogar y de la habitación. En el hogar Nancy vive con Tim hasta que este muere. Lo espera en el hogar durante cada día que Tim sale a beber. Cuando Nancy se enferma, pasa el agotamiento y el dolor postrada en cama. Con el avance de la enfermedad y la de gradación de su cuerpo, Nancy se sabe moribunda. Dice: “Estoy aquí, y espero” (28) desde su lecho de muerte, esperando su destino. Cuando muere Tim, a Nancy la acompaña y cuida una mujer llamada Isidorita. Isidorita también se encuentra enferma. Un día se desmaya a causa de una infección vaginal avanzada (119). La vagina infectada de Isidorita desprende un olor que se expande por la habitación. Nancy ve a Isidorita jadear por las noches y delirar de fiebre por la infección (122). Durante los días, la observa llorar y rascarse el hongo que sale de entre sus piernas: “Un bosque de tentáculos bellísimo y fosforescente que afloraba de entre los muslos de Isidorita × ×” (123). La infección de Isidorita se pone en escena expandiéndose e impregnándose por el espacio del hogar. Dice Nancy que: “Había noches en que no podía dormir por el dolor, y me pasaba agarrada a un borde de la cama, entre las ganas de vomitar por el cáncer y el olor de la gorda” (120). La puesta en escena de la enfermedad de Isidorita es distinta al de Nancy, en tanto que la infección excede las fronteras corporales. La

mutación y degradación del cuerpo de Nancy no excede los límites corpóreos. La enfermedad y sus síntomas se encuentran encerrados y condensados en el cuerpo. De lo que se impregna el espacio del hogar con el cáncer de Nancy es de tristeza y de la presencia de la muerte.

Los cuerpos de ambas exhiben la enfermedad como marcas en la piel. Isidorita expone su enfermedad con el hongo que sale de su vagina. Los signos de la enfermedad de Nancy son las cicatrices, la ausencia de pelo, la delgadez y el agotamiento. El cuerpo de Nancy, como mencioné anteriormente, es un cuerpo cercenado en sus senos y útero. Dice Nancy que: “La morfina me tiene generalmente sumida en un sueño más doloroso incluso que este cáncer que me carcome los huesos ×” (28). El cuerpo enfermo de Nancy es un cuerpo anestesiado y suplementado por la sustancia de la morfina, la cual requiere para soportar la agonía. Otro cuerpo mutilado que aparece en este momento del relato es el cuerpo de Tim, quien cae dentro de una procesadora de atún durante su jornada laboral. El cuerpo de Tim termina como cuerpo triturado, pero también desaparecido, puesto que los restos del cuerpo quedan repartidos entre latas de atún (27).

Capítulo dos:
“Sobrecuerpo y olvido” en *Black Out* de María Moreno.

María Moreno (narradora) relata al inicio del libro una breve historia sobre un borracho que se sube al ómnibus con una jaula tapada por un trapo (9). El olor que desprendía el borracho era fuerte y agrio. El bulto de la jaula resultaba molesto en el bus lleno de pasajeros. Además, el borracho repetía constantemente que no quería perder la jaula. Una mujer le pregunta que qué hay en la jaula, a lo que el hombre le dice que lleva una mangosta, la cual necesita para que se coma las víboras del *delirium tremens*. Una chica le dice que esas víboras no son reales, a lo que el borracho destapa la jaula, la muestra vacía y dice: “¡pero esta mangosta tampoco es verdadera!” (10). Desde el presente narrativo de la abstinencia, María Moreno reflexiona sobre la experiencia de dejar de beber. Dice que, cuando dejó el alcohol, se “encomendó” a los otros con los cuales compartía el alejamiento del alcohol (404). Para Moreno, aquellos otros son su mangosta, necesaria para alejar las víboras imaginarias del *delirium tremens*.

En esta obra literaria se encuentran dos enfermedades principales, interrelacionadas y simultáneas, las cuales habitan un mismo cuerpo enfermo. María Moreno es alcohólica y, junto con esto, vive con una endometriosis que altera su útero y ciclo menstrual. A medida que avanza el relato Moreno se va dando cuenta de su degradación física y subjetiva, por lo cual decide dejar de beber. Me parece que esto, antes que un tránsito de enfermedad a salud, es un tránsito de la enfermedad del alcoholismo hacia el síndrome de abstinencia. El estado de abstinencia de Moreno, además, no es un estado final permanente, es un estado del que entra y sale al volver a beber: “Entonces paré. Y luego volví a beber (...) sus últimas palabras son “se puede dejar de beber”. Quince días después yo volvía a empezar.” (Moreno 247).

La endometriosis y el alcoholismo (y el posterior síndrome de abstinencia) pertenecen a las enfermedades “crónicas”, las cuales son enfermedades

controlables y gestionables, de largos periodos temporales y de progresión lenta, que pueden disimularse y ocultarse. Como veremos en el análisis, la endometriosis acompaña a Moreno durante gran parte de su vida adulta, y su gestión se lleva a cabo gracias a medicamentos y hormonas.

El *delirium tremens* es un síndrome grave de abstinencia producido por el alcohol. Como mencioné anteriormente, María Moreno relata desde un presente narrativo de la abstinencia. Lo que se relata en el libro es un entramado complejo de recuerdos de la infancia y de la experiencia del alcohol en los bares, en las calles o en la habitación, en soledad o con los amigos y amantes. Digo entramado complejo pues los distintos momentos de la vida de María Moreno se mezclan entre sí, evocándose los recuerdos unos a otros. María Moreno indica que:

“No soy espontánea pero atiendo a lo que voy imaginando, doy por descontado que nunca cambio abruptamente de tema y, aunque soy conocida por mis digresiones, siempre me parece, cuando avanzo en lo que escribo, que todo tiene que ver pero es probable que mi noción de lo que “tiene que ver” sea demasiado amplia.” (325).

En la cita Moreno justifica la forma fragmentaria del relato, en donde las historias del pasado de la infancia se conectan y hallan alguna relación con las historias del alcohol, de los amigos y de los amantes o con el presente de la abstinencia. De esta forma, por ejemplo, Moreno encuentra una relación entre su alcoholismo y su infancia, en la cual el alcohol como sustancia química se encuentra constantemente presente por medio de su madre científica.

Las enfermedades del alcoholismo y la endometriosis se enuncian desde el cuerpo enfermo como experiencias de “sobrecuerpo y olvido” (Moreno 167). El “sobrecuerpo” es la experimentación del cuerpo y de la piel de manera intensificada y exacerbada. En la experiencia del alcoholismo el “sobrecuerpo” son los fluidos y olores que exuda el cuerpo enfermo, y en la endometriosis es la sangre desproporcionada que sale del cuerpo. El “olvido” es la experiencia que deviene de la pérdida de conciencia provocada por el alcohol. Junto con esto, intuyo que el olvido funciona a nivel textual como la forma en que se recuerda la infancia y la enfermedad, de manera inorgánica y no lineal, con digresiones abruptas y espacios

en blanco. En este sentido, en la obra se recuerda desde el “black out” (título del libro), como pérdidas de memoria intermitentes que se van recuperando a medida que avanza el relato.

En el primer subcapítulo de este segmento de mi investigación realizaré un análisis de la *puesta* de la enfermedad en el cuerpo. María Moreno se refiere a una “*puesta* del alcohol” (98) como las alteraciones físicas y los estados mentales que se ponen en escena sobre el cuerpo. Lo que pretendo abarcar es esta *puesta* en escena sobre el cuerpo pero en el alcoholismo y la endometriosis. En el segundo subcapítulo quiero indagar en el olvido y el recuerdo desde el “black out”. Estos recuerdos dan cuenta de un cronotopo de la enfermedad, en donde existe una progresiva degradación del cuerpo por la enfermedad. Las digresiones más antiguas son las ubicadas en la infancia y en el espacio del hogar familiar. Luego, los espacios en donde se va plasmando la enfermedad son principalmente el bar y el dormitorio. Las experiencias del alcoholismo, de la endometriosis y, en el presente narrativo, de la abstinencia, implican distintas maneras de soledad y aislamiento. El cuerpo enfermo y adicto de María Moreno se enuncia como un cuerpo sucio y degradado. En Moreno, la enfermedad se acompaña de distintos desarraigos con respecto a las relaciones afectivas y a los espacios y territorios del relato.

2. 1. La *puesta* de la enfermedad

María Moreno percibe su cuerpo doblemente enfermo como un alambique⁸. Señala la narradora que durante los años en que consumía alcohol solía tener hemorragias durante la menstruación. Dice: “mi imaginación se disparaba cuando creía que el líquido ardiente que me llevaba sin cesar a los labios, me bajaba transformado en sangre, manchando la ropa” (12). El cuerpo como alambique funciona transformando la sustancia del alcohol en la sangre de la menstruación, y como las cantidades de alcohol que consumía Moreno eran grandes, tal cantidad de sangre bajaba y salía desde el cuerpo:

⁸ Aparato que se utiliza para destilar líquidos mediante la evaporación y condensación de aquellos. Se utiliza en laboratorios y para destilar bebidas alcohólicas.

Mientras protestaba por no encontrar un alambique para destilar ginebra, me iba transformando en uno en donde una sustancia excesiva mutaba en dirección a la ley de gravedad. Imaginaba que emanaba la misma cantidad de sangre que la que yo bebía de alcohol en cualquiera de sus formas, que podía hacer mutar los colores como cuando mi madre mezclaba el contenido de dos pipetas en una tercera, y dos líquidos transparentes viraban, al juntarse, al bermellón (173).

Como indica en la cita, María Moreno en su infancia observaba a su madre química realizar una alquimia en donde el alcohol (etílico) se transformaba en una sustancia carmín como la sangre (12). Moreno entiende el truco de la madre como una profecía para su vida: “Pero entonces, cuando mi madre “me hacía magia” ignoraba que la alquimia de mutar una sustancia transparente en rojo bermellón, a su modo, era una profecía” (12). Esta profecía es la de su cuerpo enfermo como un alambique que transforma la bebida alcohólica en menstruación. En la pubertad, su menstruación era un breve flujo de sangre casi indoloro (13), pero es el alcohol lo que enferma su cuerpo y provoca las hemorragias dolorosas de la endometriosis. Con esto se hace patente que las dos enfermedades que habitan el cuerpo de Moreno se imbrican y relacionan entre sí. Tal como el alcoholismo provoca la endometriosis, Moreno utiliza el alcohol para calmar los dolores de las hemorragias: “La propiedad calmante del alcohol me permitía tolerar mejor la enfermedad...” (173)

La figura del **cuerpo como alambique** también funciona para la enfermedad del alcoholismo por sí mismo. Cuando relata Moreno sobre el borracho del ómnibus dice que el olor intenso del borracho era el olor del vino exudado desde el cuerpo, que sale a la superficie con la pureza química del etanol (alcohol etílico): “como si el cuerpo se hubiera convertido espontáneamente en un alambique purificador” (9). Lo mismo que pasa con el borracho pasa en el cuerpo de Moreno. El cuerpo de María Moreno se enuncia “sucio”, desprendiendo un olor como a “trapo macerado en alcohol, a sudor seco” (165). Señala Moreno que su cuerpo, a través de los poros, drena el alcohol en forma de exudación agria (167), funcionando como alambique. Además señala sobre la experimentación de la resaca en el cuerpo que: “experimentaba la superficie de la piel, como si ésta estuviera recubierta por una capa impermeable, que parecía detener la circulación de la sangre, presionando al

cuerpo a que estallara.” (167). Me parece relevante esta conciencia sobre el cuerpo y sus fronteras, puesto que da cuenta del cuerpo como el lugar en donde la enfermedad se pone en escena. Para David Le Bretón el cuerpo es nuestra materia sensible, circunscrita por la piel como frontera que experimenta el mundo (17). En este sentido, esta frontera que es la piel excreta el alcohol del cuerpo, y el cuerpo se percibe a sí mismo a través de la experiencia sensorial, el cuerpo se siente y se huele sucio.

Al igual que con el alcoholismo la endometriosis también se pone en escena sobre el cuerpo. La narradora señala que esta enfermedad irrumpe en su cuerpo convirtiéndolo en “apocado y temeroso” (52). Las hemorragias generan dolor en el cuerpo y lo tumban en cama: “Me dolía tanto que solía quedarme en cama, con una bolsa de agua que me apoyaba gimiendo sobre la panza. No exageraba. La sangre manaba hasta atravesar los paños que colocaba dobles bajo la bombacha” (52). La llegada desbordante y excesiva de la sangre se hace visible en el cuerpo con los gestos y gemidos de dolor, y también con las manchas sobre la ropa. Enuncia Moreno que el cuerpo “cedió a la anarquía que desfiguró con violencia esa prueba de femineidad que yo había ansiado y que otras acompañaban con toda una iconografía adolescente” (52). En la cita la narradora plantea que una de las marcas o hitos de su feminidad (la menstruación) se deformó para volverse una irrupción dolorosa y caótica.

La anarquía de la sangre se presenta como hemorragias intensas que aparecen irregularmente, a veces con sangrados que sólo paran con medicamentos, y otras veces con retrasos que duran meses. Sobre lo que implica esta enfermedad en el cuerpo femenino, Moreno dice que en aquellos años en los que vivió la enfermedad tenía que calcular y planificar su menstruación cuando quería acostarse con alguien. Dice que: “Mi femineidad era una esponja que se derramaba sobre las sábanas de mis amantes” (109). La enfermedad de la endometriosis genera vergüenza frente a la mirada de los amantes. Igualmente, María Moreno siente vergüenza cuando empieza a tener una hemorragia frente a sus amigos del bar: “Mi ánimo igualitario se derrumbó en una vergüenza y una desesperación que impedía toda confesión y sólo quería pensar cómo levantarme sin que me vieran.” (301).

Silvian S. Tomkins señala que la vergüenza es un afecto intenso y doloroso ligado al modo en que se siente el “yo” consigo mismo (cit en Ahmed 165). La vergüenza se imprime en el cuerpo como negación del mismo, y se siente generalmente frente a la mirada de un “otro” (Ahmed 165). Señala Sara Ahmed que la vergüenza se presenta frente a un fracaso que es visto por otros, y la reacción del cuerpo es esconderse puesto que se siente “expuesto” (165). En este sentido, me parece que la vergüenza de la narradora tiene que ver con un “fracaso” con respecto a una femineidad ideal o esperada, y que se ve deformada por las hemorragias. Moreno siente vergüenza del descontrol o la anarquía de su cuerpo que es vista por otros. Las reacciones de este cuerpo avergonzado y expuesto son intentar esconder las hemorragias que se hacen visibles manchando las ropas y las sábanas, y esconderse de la mirada de los otros con desesperación.

Me parece relevante volver a la idea de Le Breton del cuerpo como materia sensible circunscrito por la piel (17). El autor da cuenta del cuerpo como materia vivida, en donde los otros pueden leer nuestra identidad. El cuerpo se marca por signos que se interpretan por los otros como nuestro sexo, nuestra historia, nuestra clase social, etc. Así mismo la enfermedad marca el cuerpo con signos que permiten a los otros leernos enfermos. Como señala Ahmed, “la herida”, metafórica y física, es la huella del lugar en donde otro entre se imprime en el cuerpo (58). Las enfermedades se imprimen en el cuerpo de Moreno de distintas formas. El alcoholismo degrada el cuerpo, lo embota y lo vuelve “sucio”, marcándolo de olores y fluidos. La endometriosis mancha y marca con sangre y se apodera del cuerpo como vergüenza. También es una enfermedad que mutila el cuerpo en el momento en que Moreno decide extirparse el útero para detener el descontrol de la sangre (214). En el presente de la abstinencia Moreno da cuenta de los temblores en las manos que le generaba el síndrome (249). También habla del “rostro del alcohol” (399) como las marcas de vejez y “desmoronamiento” que dejó el alcohol y que perduran en la sobriedad. Todos estos síntomas o huellas son signos de la enfermedad, que hacen del cuerpo de María un cuerpo enfermo a ojos de los demás y para sí.

En la novela la **euforia** es un afecto principal en la experiencia del alcohol. La euforia es una fuerza o un bienestar mental que se asocia al uso de drogas y sustancias. María Moreno se refiere a la euforia como algo propio del alcohol, que se acompaña de una irascibilidad y un deseo de hacer daño (289). El estado eufórico genera en Moreno una “certeza” que permite vengarse del amor o amigo. La venganza implica una violencia a través del lenguaje, de acusaciones que buscan respuestas que entren en el juego de la escena:

mi amor, mi amigo, son culpables y yo seré primero su juez, luego su verdugo. Entonces mi lengua, que tal vez dirigía sus figuras a la seducción, lentamente se va tornando astuta en sus agravios repetidos, ingeniosa en sus analogías ofensivas, cargosa y rápida; hago una escena y lleno mi copa para que mi certeza no se escape (289).

El alcohol se traduce en un estado eufórico que busca un conflicto con el otro, como parte de la puesta o “el teatro del alcohol” (290). La euforia es una certeza para dañar al “buen partenaire” (289), del cual se esperan respuestas que entren en un diálogo violento. Las respuestas deben ser burlas o humillaciones que estén a la altura de la violencia de Moreno. El “buen partenaire” debe poder mantener el diálogo hasta que la narradora consiga “ganar” en una rutina de forcejeos, gritos, insultos y golpes. Dice Moreno: “Porque el buen partenaire tiene su propia misión: hacer sufrir, inquietar, no calmar jamás.” (290). El alcohol genera una puesta en escena con el amante, una disputa de **celos y paranoia** en donde cada parte es **víctima y cómplice** de la escena.

La euforia se acompaña de otros estados emocionales y mentales que enuncia Moreno. La violencia con el otro, el “partenaire”, implica celos y paranoia. También habla de “desenfreno” como un estado mental que ocupa el lugar de otros estados más insoportables como “el suicidio o la locura” (403). En este sentido, el alcohol también es anestesia para el dolor. Como había mencionado, Moreno utiliza el alcohol para calmar los dolores de la endometriosis (173). Además beber también sirve para calmar dolores emocionales. Cuando muere el padre de Moreno, ella va a nadar y a beber al río en donde pescaba con su padre en la infancia. Dice que: “Nadaba contra él, para alejarme de su muerte y, aunque volví, me pareció que era otra y esa otra nadaba y bebía.”(21). Del padre recuerda su boca con dientes

grandes y chuecos, por la cual bebía grandes cantidades de alcohol: “mi padre bebía para liquidarse, como yo. Primero para darse ánimo pero, enseguida, para perder la conciencia” (31). Con esto se puede ver que la progresiva degradación que genera la enfermedad es una cuestión, en parte, voluntaria. Moreno bebe para alterar su conciencia y sus afectos, y también para “liquidarse”, para embotar el cuerpo y perder la conciencia. De lo que significa el alcohol para Moreno me parece que posee las cualidades de ser salvación y aniquilación. Dice la narradora durante el periodo de abstinencia que: “El alcohol sigue siendo único, naturalmente, y su euforia superior a la de la salud. Le debo mis horas perfectas.” (250-251). El alcohol es para Moreno anestesia para los dolores físicos y emocionales, reemplaza sus angustias por euforia y desenfreno. Sin embargo Moreno, en el presente de la abstinencia, enuncia que es consciente de que se estaba matando “copa a copa” (404).

En la novela la anestesia de los dolores físicos y emocionales requiere ingerir la sustancia del alcohol. Me parece pertinente relacionar esto con lo que señala Beatriz Preciado sobre el dominio de las subjetividades en nuestra contemporaneidad. Lo principal que quiero rescatar de Preciado para este asunto es la idea de que existe en nuestro contexto (al que llama “fármaco-pornográfico” (32)) un dominio de las subjetividades y una gestión política y técnica de los cuerpos por medio de formas biomoleculares y mediáticas (38). Dentro de estas formas biomoleculares y mediáticas se encuentran la elaboración de múltiples sustancias psicotrópicas legales e ilegales y todo complejo material o virtual que contribuya a la producción de estados mentales o psicosomáticos de excitación (38). En la novela el alcohol cumple para María Moreno la función de producir estados psicosomáticos de excitación, tales como la euforia y el desenfreno. También cumple una función anestésica con respecto al dolor y a la realidad, pudiendo Moreno evadirse y perder la conciencia. El dominio de su subjetividad se hace patente en la dependencia con la sustancia, y en el síndrome de abstinencia que desarrolla al tratar de dejar el alcohol. Esta gestión de los cuerpos es aún más patente en la enfermedad de la endometriosis, la cual es controlada por medicamentos con progesterona (213). El consumo de progesterona hace que el

cuerpo de Moreno deje de menstruar a cambio del síntoma coletareal de una “calentura” como si fuera “un animal en celo” (214). Esta gestión farmacotécnica del cuerpo que anula el ciclo menstrual y excita el cuerpo artificialmente no logra instaurarse para siempre, y luego de un tiempo Moreno vuelve a las hemorragias.

Creo importante destacar que la enfermedad de la endometriosis también tiene una doble facultad de dolor/anestesia. En un momento Moreno señala sobre la endometriosis que:

Y mientras duró mi enfermedad esa fue su ventaja: concentrar toda mi atención liberándome de toda angustia, doler en un mismo lugar y anestesiar todo el resto como si en todo ese tiempo yo no hubiera tenido corazón. (53)

Aquí se puede notar que el dolor físico de la enfermedad tiene la capacidad de calmar los padecimientos emocionales. El cuerpo de Moreno enfoca toda su atención en el dolor uterino, logrando eclipsar las emociones.

Ahora, me gustaría reflexionar sobre la función anestésica del alcohol sobre el afecto del dolor en la novela. Para Sara Ahmed, el dolor es un entramado complejo de sensación corporal y estados emocionales, es una vivencia física y subjetiva por el cual sentimos la piel como nuestra superficie corpórea (53). Como había citado anteriormente, para la autora esta piel es el lugar en donde los otros dejan una “impresión” en nuestros cuerpos (54). El dolor se imprime en la piel metafórica y físicamente como la “herida”, siendo “huella del lugar en que la superficie de otro ente (aunque sea imaginario) se ha impreso en el cuerpo, una impresión que se siente y se ve como la violencia de la negación.”(Ahmed 58). Me parece relevante este entendimiento del dolor y de los afectos de Ahmed como elementos en relación a las cosas y a los otros. La autora propone un modelo circular de las emociones, en donde aquellas fluyen y van comprendiendo los límites de los objetos y los cuerpos (35). Los afectos son vínculos que conectan los cuerpos generando emociones y experiencias distintas entre ellos. Cuando María Moreno busca anestesiar el dolor y los sentidos, lo que busca también es anestesiar todo lo externo a ella y a los otros. Me parece que lo hace explícito al decir que: “El otro es todo lo que está al otro lado de mi copa” (399). Moreno usa el alcohol para separarse del mundo y de los otros.

Resulta significativo cuando recuerda a la madre química y al alcohol etílico como profecía:

la epidemia de parálisis infantil le dio nuevos argumentos para que un algodón embebido en alcohol se colocara entre el mundo y yo para protegerme (...) si colocar alcohol entre el mundo y uno significaba protección y seguridad, yo tomé el mensaje al pie de la letra (97)

Creo que esta barrera del alcohol entre Moreno y los otros tiene que ver con lo que denomina Roberto Espósito como “dinámica inmunitaria” (104-105). Espósito reflexiona sobre la dinámica inmunitaria en la contemporaneidad, y la describe como el intento de reconstruir barreras de protección en el individuo de todo agente externo y su peligro. De lo que intenta salvaguardarse el individuo es de la “comunidad” a la que pertenece y que lo amenaza con la pérdida de su sustancia o identidad en la apertura con otros (Espósito 103). La inmunidad es lo que libera al individuo de la carga de tener que estar ligado a los otros en comunidad y lo que le permite sustraerse de lo común (104). En Moreno es patente esta necesidad de sustraerse de lo común, de restringir la apertura al otro a través de la barrera del alcohol. Lo que le permite el alcohol es enajenarse de su contexto, perdiendo los sentidos y la conciencia, y ensimismarse. Esto es patente cuando Moreno se ubica en el presente de la abstinencia y habla de la presencia de sus “seres queridos” en el proceso:

Me piden, al mismo tiempo, que no los prive de su compañía, que sea yo misma en seco pero que no me recluya. ¿Ignorarán que lo que me permitió soportar a la mayoría de ellos es esa eliminación del otro que permite el alcohol? (253).

En la cita se hace explícita la función de “eliminar al otro” por medio de la sustracción de lo común que le permite el alcohol a Moreno. Los seres queridos le piden que no se recluya, pero ella sólo puede soportar la comunidad protegiéndose a sí misma anulando al otro. Intuyo que esta necesidad de “eliminar al otro” de Moreno tiene que ver con lo que postula Byung-Chul Han sobre la “agonía del eros”. Para el autor, la agonía del amor tiene que ver con una “erosión del *otro*” (5), provocada por un “excesivo narcisismo de la propia mismidad”. Este exceso narcisista Han lo describe como un ahogo en sí mismo (6) por el cual resulta

imposible la experiencia erótica. En el “régimen del yo” (5) resulta imposible dirigir el eros hacia el “otro”, puesto que para el “yo” el mundo se presenta como proyecciones de sí mismo, siendo imposible experimentar la alteridad del “otro” (6). En este sentido creo que en la novela se hace patente una experiencia solitaria del “yo”, por la cual María Moreno permanece en los confines de sí misma. Me parece que cuando Moreno dice que pone el alcohol entre el mundo y ella (97) da cuenta de un encierro en sí misma, debido al rechazo a la exterioridad y al “otro”. El rechazo al otro tendría que ver no sólo con la necesidad de protegerse o resguardarse, sino también con la imposibilidad de amar y conocer al “otro”.

2.2. Recordar desde el *Black Out*

Parte de la hipótesis interpretativa que propongo sobre la novela es a partir del título “Black Out”. Propongo que los relatos que articulan la obra se recuerdan desde un “black out” u “olvido”. El término “black out” se utiliza para denominar las pérdidas de conciencia producidas por el alcohol. Intuyo que este “black out”, que es parte de la experiencia del “*sobrecuerpo y olvido*”, funciona a nivel textual como la forma en que se recuerda la infancia y la experiencia de las enfermedades. Esto es de manera inorgánica, no lineal, con digresiones y espacios en blanco.

El “*sobrecuerpo y olvido*” es enunciado por Moreno como la experiencia de la mañana siguiente a haber bebido en exceso. El “sobrecuerpo” es la exacerbación de los fluidos y olores que son excretados y percibidos por el cuerpo de Moreno. El “olvido” es la experiencia que deviene de la pérdida de conciencia por el alcohol. Sobre la síntesis entre ambos señala: “sólo podía confiar en que el fenómeno de la eliminación y la evaporación liberara la carga de la noche pasada, como ya había evaporado y eliminado su recuerdo.” (167). El olvido es la razón principal por la cual la narradora deja de beber. Moreno desea estar sobria para reparar los errores de los cuales no tiene recuerdos pero sabe que los cometió (401). El alcohol provoca el apagón de la conciencia, y la recuperación de los recuerdos es difusa y fragmentaria. Lo mismo ocurre en el ordenamiento de la obra: las historias se encuentran fragmentadas, repartidas a lo largo del texto. Los distintos momentos de la vida de Moreno se mezclan entre sí y se evocan los recuerdos unos a otros. La

narradora señala que: “siempre me parece, cuando avanzo en lo que escribo, que todo tiene que ver” (325). Para la narradora las historias de la infancia, de los bares y del presente de la abstinencia pueden mezclarse entre sí pues de alguna forma ella logra conectarlas y hacerlas coherentes.

Las digresiones más antiguas se ubican en el pasado familiar. El espacio de la infancia es el del conventillo. Allí vive con su familia y comparte con diversos sujetos de distintas etnias, nacionalidades y procedencias. En el conventillo Moreno conoce un grupo inmigrantes judíos que vivieron el holocausto durante la segunda guerra mundial. Recuerda la narradora que las familias Seiden, Fleicher y la señora Mandelbaum llevaban números extensos tatuados en los brazos (38). Moreno de niña ignoró durante mucho tiempo el significado de esos números, hasta que un día le preguntó a la señora Mandelbaum si le había dolido mucho el “tatuaje”. La señora le responde que no es un tatuaje, sino su número de teléfono. La madre de Moreno al enterarse de este diálogo llama llorando a la señora Mandelbaum pidiéndole perdón. Moreno recuerda el conventillo como “un mundo caliente de interrogantes” (39) que le mostraba seres extraños. Dice Moreno que “En cada cuarto había una patria, una etnia, una lengua.” (41), la palabra “pueblo” evoca un entramado y una lucha de lenguas, de puestas en escena y vestuarios. Para la narradora la idea de pueblo tiene un “fondo mítico” de “*performance*” (42). Existe en su conventillo una diversidad de cuerpos marcados por identidades étnicas y culturales, por signos de la violencia y los traumas impresos en las pieles (como la señora Mandelbaum). Esta diversidad de cuerpos es enunciado por moreno como una *performance* o una puesta en escena del pueblo. Junto con esto Moreno dice: “Y el pueblo bebe”, agregando el alcohol como elemento común al pueblo y al conventillo:

Y en cada cuarto también la presencia consoladora del alcohol: vasos vacíos y sin lavar con su resto endurecido de vino suelto (...) El delirium tremens alcanzaba de vez en cuando a algún inquilino y sus gritos se soportaban por piedad a su mujer o porque sus monas eran largas y silenciosas cuando conseguía mantener su dosis con la changa ocasional y el fiado. (42).

En la cita se puede reconocer una función anestésica del alcohol similar a la que funciona en Moreno, en tanto el alcohol es “presencia consoladora” en un espacio

donde las marcas del dolor y el trauma son potentes. En este sentido, la enfermedad del alcoholismo y el síndrome de abstinencia junto con ponerse en escena en los cuerpos también se ponen en escena en el espacio del conventillo.

A partir de esta presencia del alcohol en los recuerdos de la infancia, Moreno reflexiona a modo de “microensayo” (407) sobre los imaginarios en torno al alcohol y el discurso higienista. Señala Moreno que: “Desde fines del siglo pasado, el alcohol se convirtió en signo de la degeneración obrera, fractura de la familia, y fuente de enfermedad y miseria.” (43). Las ideas higienistas se desarrollan en Chile y Argentina a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, constituyéndose un discurso eugenésico-ambientalista en torno a la sexualidad, las enfermedades sociales, y la degeneración racial y moral (Durán 32). Manuel Durán nos dice que el discurso higienista estableció un modelo masculino vinculado al trabajo y la fuerza, valores los cuales eran vulnerables ante los vicios como el alcoholismo, el onanismo y los placeres venéreos (40). Moreno discute la idea de que las tabernas y el consumo de alcohol hayan sido combatidos por su amenaza a la productividad. Cree en cambio que en el espacio de los bares existió la amenaza de que los obreros complotaran e idearan estrategias de lucha (43). Me parece que ambas ideas dan cuenta de las metáforas de la enfermedad⁹ del alcoholismo, siendo una enfermedad vinculada a los sectores proletarios y marginales, amenaza de degeneración social y peligro para el orden productivo y económico.

También creo posible vincular la enfermedad de la endometriosis dentro del discurso higienista sobre la sexualidad. Los ginecólogos que ven la endometriosis en Moreno creen que la cura podría ser el matrimonio y la regulación de la vida sexual (52-53). La narradora enuncia su enfermedad como “un mal que era al mismo tiempo tabú y signo de fertilidad, sólo que en anarquía.” (110). En este sentido la endometriosis también funciona con amenaza social en tanto signo de fertilidad caótica. El discurso higienista sobre la sexualidad señala que la regulación de la vida sexual mediante la heteronorma, el matrimonio y la familia garantizaba la higiene social (Durán 42-43). Al considerarse a la “mujer popular”

⁹ Ver “Marco teórico metodológico” pp. 12

como propensa a la promiscuidad, prostitución e “hiper-fecundidad” (Durán 39-41), también se prescribía la regulación de la vida sexual para evitar la degeneración social. Por esto mismo creo que la endometriosis en tanto femeneidad y fertilidad desregulada y exacerbada también se metaforiza como peligro al orden moral y social.

Me parece que el discurso higienista está fuertemente arraigado en la figura de la madre. Aquella es la que protege a Moreno del mundo mediante la desinfección del alcohol etílico (97). Junto con esto la madre identifica la “Plaza Once”, el lugar de tránsito de los habitantes y el lugar de los mítines, como un “foco infeccioso” en dos sentidos: era tanto un foco infeccioso de bacterias como de “las fuerzas sociales que el peronismo había alentado bajo la forma de vistosa propaganda de la felicidad.” (45). Creo que esta percepción de la madre abarca las ideas higienistas sobre la existencia de enfermedades que afectan al cuerpo y de enfermedades sociales, en este caso identificadas con el peronismo.

El espacio más relevante en donde se plasma el alcoholismo de Moreno es el bar. El bar para la narradora es el lugar en donde puede conseguir alcohol y compañía. En su “microensayo” sobre las tabernas Moreno realiza una comparación entre el espacio familiar y el bar. Señala que el hogar es el lugar en donde se reparan las funciones del cuerpo después del trabajo, es donde el alimento y el sueño reparan el cuerpo para la siguiente jornada, y en donde la presencia de los hijos revela la “cadena viviente” desde donde sale la mano de obra (44). En contraposición, argumenta Moreno, el bar entrega la posibilidad de olvidar la finitud. El consumo de alcohol permite limpiar y calentar los órganos, al mismo tiempo que anestesiarse los efectos del trabajo diario. En otro microensayo, la narradora dice que: “Era la época en que el antipsiquiatra David Cooper denunciaba a la familia como lugar patógeno. Y la familia -agregaba yo- no se opone al mundo, sino al bar.” (98)¹⁰. Señala que el bar es un espacio en donde se ponen en suspenso los sentimientos, la profesión y la clase, allí se hablan de generalidades como de la vida o la muerte.

¹⁰ David Cooper fue un psiquiatra sudafricano conocido, entre otras cosas, por su libro *The death of the family* (1986). Esta obra es una crítica a la familia nuclear como institución de carácter represivo y jerárquico. El autor propone la eliminación de la familia para lograr la libertad absoluta del individuo y para eliminar todos los prejuicios de la sociedad.

Dice que en el bar toda la *puesta* del alcohol es democrática: las intervenciones, las caídas al suelo, el cantar espontáneo y los estados como la euforia, la beligerancia y la depresión son para todos. Para Moreno beber alcohol es signo de libertad: “Cuando bebo, yo no hago más que ejercer mi libertad” (353). Contrario a esto siente la familia como represora: “veía en la misma línea opresiva a mis padres, los profesores y los médicos sin tener suficientes luces como para juzgar a la corporación a la que pertenecían (53). Con todo esto es patente la visión de Moreno del bar como un lugar positivo, de libertades y sensaciones corporales satisfactorias, versus la familia como institución represiva y como territorio del cual se siente desarraigada. Creo que el arraigo con el bar y el alcohol es evidente cuando Moreno dice que “El alcohol es una patria. Por eso no se la pierde. Sólo se puede estar exiliado de ella” (258).

El bar es lugar de arraigo afectivo. En el “Alex Bar” conoce un grupo de amigos y escritores con los que bebe ginebra y olvida sus dolores. En el espacio del bar el “mozo de ley” es aquel que mantiene el control y se relaciona con los ebrios como hijos. Señala Moreno que:

No en vano el mozo de ley es la madre subrogada de los borrachos, los solitarios, los perseguidos. Suele usar diminutivos alentadores, “cafecito”, “flancito”, “vinito”, como para engañar a un hijo anoréxico, atosigar, como si cada cliente fuera un hijo pródigo y venido de la guerra(47)

El mozo de ley del “Alex bar” es Emilio, quien era la “madre subrogada” del grupo bohemio de María Moreno. La caracterización del mozo de ley como madre da cuenta de un rol protector y afectivo con los borrachos. Señala Moreno que Emilio mantenía gestos de cuidado con ella, como una “**coreografía maternal**” de atenciones especiales (48). Cuando Moreno escribe el diario de vida y deja registro de sus primeros días de abstinencia dice que: “me privan de aquellos entre los que yo encontraría mi club, mi parroquia y mi asilo: los que beben.”. En esta cita es patente la cuestión del arraigo afectivo con el espacio del bar, pues allí Moreno encuentra una comunidad y un refugio. Al final de la novela Moreno sueña con uno de los amigos que conoce y comparte en el espacio de bar, Charlie Feeling, quien muere de leucemia cuando Moreno aún era alcohólica. En el sueño ambos se

encuentran y caminan juntos por la oscuridad de una calle, mientras moreno usa la chaqueta de Feeling para calentarse. Recuerda del abrigo del sueño que: “Me abriga y me pesa, es decir me abriga pero me obliga a luchar un poco para mantenerme firme. Y siento una alegría feroz.” (405). Me parece que el sueño da cuenta de los vínculos afectivos posibles con la comunidad de alcohólicos que, en algún momento, también dejan esta enfermedad para pasar a un estado de abstinencia. En relación a la historia del comienzo del borracho y la mangosta, dice: “Cuando dejé de beber (...) me encomendé a otros con los que comparto mi alejamiento del dios del color de la cebada. Ellos son mi mangosta” (404). Vínculos afectivos como los que tuvo con Feeling son los que espantan las “víboras” del *delirium tremens*, y son los que abrigan, reconfortan y obligan a luchar contra la enfermedad.

Conclusiones: Progresivo tránsito a campos estériles.

Alegorías de la “post”

En esta investigación he trabajado bajo la hipótesis interpretativa de que, en las narrativas actuales de Chile y Argentina, la enfermedad y el cuerpo enfermo alegorizan lo que he denominado sociedad “post”. La alegoría o idea macro vinculada a la totalidad de la obra la identifiqué en la correspondencia entre las enfermedades representadas, patologías “controlables” y “gestionables”, que mantienen la apariencia de un orden corporal, y la sociedad “post”, en donde prevalece un orden y una ausencia de crisis, pero que, al igual que en la enfermedad de las narrativas actuales, es un orden aparente.

Las principales enfermedades representadas en *Black Out*(2016) de María Moreno y *Nancy*(2015) de Bruno Lloret son el alcoholismo, la endometriosis y el cáncer. Estas enfermedades tienen en común que son patologías gestionables, crónicas, de larga duración y de degradación lenta. Junto con esto, en el análisis he argumentado que me parece que estas enfermedades son representativas de la sociedad “post” en tanto sociedad de la gestión de los cuerpos, en el sentido de gestión farmacotécnica de las subjetividades (Preciado 32-35).

El cáncer presente en *Nancy*(2015) es una enfermedad crónica que se desarrolla de manera silenciosa y que se descubre ya en una fase crítica o terminal. La enfermedad crónica es gestionable mediante el uso de morfina. Otra característica del cáncer como enfermedad de la gestión es que pertenece o es propia del cuerpo que lo padece, pues no excede sus fronteras corporales (no existe una lógica del contagio como en las enfermedades virales). Además, el cáncer es representativo de una vivencia “post” de la enfermedad que se caracteriza por ser individual y particularizada, siendo una experiencia solitaria¹¹. La individualización de la enfermedad en Nancy (narradora) se ve en la vivencia solitaria del cáncer, siendo

¹¹ Ver en “Marco teórico metodológico” pp. 8 – 11.

un padecimiento propio de su cuerpo que no puede ser experimentado por los demás. Las metaforizaciones culturales y fantasías punitivas del cáncer son también coherentes y representativas de la sociedad “post”, en tanto que el cáncer se metaforiza como enfermedad de insuficiencia de la pasión (Sontag 28) y de la represión emocional (29). Nancy enuncia desde el presente narrativo del cáncer de útero y senos en fase terminal, en donde su cuerpo es un cuerpo moribundo. Creo que en esta fase terminal, en donde el cuerpo luce degradado y enfermo, se puede ver el fallo en el orden aparente de la sociedad “post”. En la sociedad “post” – postindustrial, postmoderna, postliberal, de postdictadura- existe un individualismo y una decadencia de las relaciones humanas, lo que Byung-Chul Han denomina como “agonía del eros” (5), que en Roberto Espósito puede verse como una “dinámica inmunitaria” (104-105) y que en Ulrich Beck es consecuencia de vivir en un contexto de producción social de riesgos (17). En este sentido al orden aparente de nuestro contexto “post” subyace una vivencia subjetiva degradada, solitaria y amenazada por producciones técnicas e industriales que generan riesgos sociales.

En *Black Out*(2016) la enfermedad del alcoholismo perdura gran parte de la vida adulta de María Moreno. Al igual que el cáncer en Nancy, es una enfermedad propia del cuerpo de Moreno, se encuentra particularizada y la experiencia de la enfermedad es solitaria. Moreno transita desde la enfermedad del alcoholismo a la abstinencia porque se da cuenta de la degradación que el alcohol había causado en su cuerpo y su subjetividad. En el análisis textual de la obra planteé que el presente de la abstinencia desde donde Moreno narra no es un estado de salud, sino que más bien es un estado posterior del alcoholismo, en donde la enfermedad transita hacia el síndrome de la abstinencia. En el estado de abstinencia el control del cuerpo falla en los momentos en que Moreno vuelve a beber alcohol, por lo que es un estado de salud aparente, inestable. La abstinencia se presenta como un entrar y salir de la enfermedad. Así también el cuerpo en abstinencia al padecer dependencia del alcohol hace visible los síntomas del síndrome de la abstinencia como los temblores en las manos y el “rostro del alcohol” (399) marcado en su piel. La otra enfermedad que afecta al cuerpo de Moreno es la endometriosis, enfermedad la cual se intenta

controlarse mediante la ingesta de progesterona. Aunque las hemorragias de Moreno se controlan por un tiempo, estas vuelven a aparecer con su intensidad común. En este sentido me parece que tanto el alcoholismo y su posterior estado de abstinencia como la endometriosis dan cuenta de una falla en la gestión del cuerpo y en el intento de aparentar un orden. En este sentido las enfermedades y el cuerpo enfermo alegorizan la sociedad “post” en tanto que orden y ausencia de crisis aparente en el cuerpo, al cual subyace una enfermedad que degrada el cuerpo progresivamente en un cronotopo de la enfermedad. Lo que sucede con el cuerpo enfermo de la narrativa se corresponde con la sociedad “post” y su vivencia subjetiva degradada, amenazada y solitaria.

En las dos narrativas trabajadas aparece la figura del cuerpo enfermo en una degradación física y subjetiva que avanza de manera progresiva. Tanto en Nancy como en María Moreno sus enfermedades (el cáncer y la endometriosis) devienen en la extracción del útero, haciendo de sus cuerpos enfermos unos cuerpos estériles. Esta figura final del cuerpo estéril me parece relevante pues creo que es especialmente representativa de la sociedad “post”. En el capítulo dedicado a *Black Out* (2016) señalé que la endometriosis se enuncia como una feminidad en anarquía (Moreno 110), la cual interpreto como una fertilidad desregulada y caótica que debe ser controlada. En *Nancy* (2015) la narradora enuncia su cuerpo mutilado como un “campo estéril” (Lloret 24), como un territorio desde el cual nada puede nacer o crecer. Me parece que el cuerpo de Nancy es semejante a lo que simboliza el desierto en la novela: es una geografía árida opuesta a la fertilidad y el nacimiento, un territorio vinculado al ascetismo, al desamparo y a la soledad. Además el desierto en tanto paisaje árido anula la posibilidad de concebir vida; en el desierto nada puede echar raíces (o arraigarse), más bien requiere de un constante peregrinaje. En este sentido la figura del **cuerpo estéril** es representativa de una experiencia subjetiva degradada, solitaria y desarraigada en la “post”. Así mismo la figura del cuerpo estéril que aparece en estas narrativas actuales es representativa de la sociedad “post” en tanto que la extracción del útero es la sustracción del órgano que da vida, es una mutilación que suprime la posibilidad de que algo pueda vivir y crecer en el cuerpo. Estos cuerpos o territorios estériles representan

una incapacidad de proyección hacia el futuro, como cuerpos en los que nada puede nacer y crecer y que están imposibilitados de gestar una nueva experiencia vital. Intuyo que esta imposibilidad de proyectar un futuro da cuenta de una vivencia subjetiva de la “post” como experiencia amenazada e insegura, provocada por la progresiva producción social de riesgos que proyecta un futuro como abismo.

Cronotopo de la enfermedad

Planteé en esta investigación que en las narrativas actuales a trabajar existe un “espacio- tiempo de la enfermedad” o un “espacio-tiempo de la degradación” por el cual la enfermedad se pone en escena sobre los cuerpos y los espacios, y que articula a lo largo del relato una progresiva degradación física y/o subjetiva. Para *Nancy* (2015) propuse que en este cronotopo de la degradación la narradora relata desde un presente de la enfermedad, desde el cual recuerda el pasado. En este espacio tiempo de la degradación la experiencia de la enfermedad es el punto inicial y tiempo presente, a la vez que punto de fuga desde el cual se recuerda el pasado de manera no lineal. El presente de la enfermedad constituye un punto crítico del relato de Nancy, el cual da cuenta de una degradación corporal y subjetiva debido a la violencia, el abandono y la afectividad dañada. Los espacios del relato personal de Nancy son el hogar familiar, las geografías enfermas, el desierto y finalmente la habitación y la cama como lecho de muerte. Igualmente en *Black Out* (2016) se recuerda el relato personal desde un presente de la enfermedad, pasando por la infancia hasta el presente de la abstinencia a partir del "black out" u olvido del alcohol. Los recuerdos inorgánicos y fragmentarios de María Moreno se articulan en torno a la infancia, los bares y el espacio privado del dormitorio. Propuse en el análisis particular de la obra que las digresiones del relato personal de Moreno se vinculan en un **espacio-tiempo de la degradación**, por el cual el cuerpo alcohólico y con endometriosis se degrada progresivamente. En ambas narrativas el presente narrativo de la enfermedad funciona como punto de fuga para las digresiones inorgánicas y no lineales que

forman los relatos. En estas novelas existen dos espacios que son comunes entre ellas, el del hogar familiar en la infancia y el del dormitorio privado en la adultez.

Mijaíl Bajtin se refiere al concepto de cronotopo como la unión de los elementos espacio-temporales en un todo inteligible (238). Los elementos del cronotopo se interceptan y asimilan en la literatura, siendo el concepto una categoría de forma y contenido donde el tiempo se moldea y condensa para ser visible artísticamente, a la vez que el espacio penetra y se intensifica en el tiempo y en el relato. Para el autor las uniones espacio-temporales son centros organizadores de los principales acontecimientos argumentales de una novela. Además el cronotopo tiene una importancia figurativa pues en el espacio y en el tiempo los acontecimientos "adquieren cuerpo" (400) y se convierten en imágenes para desarrollar "escenas" en donde se condensa la vida humana y el tiempo histórico (401).

El cronotopo como materialización del tiempo en el espacio permite concretar y encarnar los elementos abstractos, las ideas, los análisis, las causas-efectos en un todo artístico. En este sentido me parece que mi investigación ha podido dar cuenta de imbricaciones espacio-temporales que articulan los argumentos de las obras y que logran dotarlas de imágenes y puestas en escena fundamentales para completar los sentidos de las obras. En *Nancy* (2015) el espacio del hogar familiar es el espacio-tiempo en donde se gesta narrativamente la enfermedad, siendo un espacio vinculado a la violencia, el abandono y el desarraigo. La permanencia de estos elementos en el relato personal de Nancy van generando una degradación que impide los apegos o arraigos personales o a los espacios, obligando a Nancy a permanecer en una constante nomadía que acaba con la enfermedad y la necesidad de permanecer en el lecho de muerte. Las geografías enfermas son lugares invadidos por la toxicidad industrial, deshabitados y desolados, invadidos por plagas y por cuerpos mutantes. Lo que permiten estos espacios es situar la enfermedad fuera del cuerpo, en los territorios, y dar cuenta de un contexto de "post" de producción social de riesgos. En *Black Out* (2016) al igual que en *Nancy* el espacio del hogar familiar es el lugar en donde la enfermedad se gesta como presagio, en donde Moreno interpreta la presencia del alcohol etílico de la madre higienista como indicio de su alcoholismo en la adultez. El espacio del bar es

significativo del desarraigo y del rechazo al espacio familiar, a la vez que de la búsqueda de libertad y evasión del dolor. En ambas novelas el presente narrativo de la enfermedad se ubica en el espacio del hogar y del dormitorio privado. Esta permanencia final me parece que es representativa de una vivencia subjetiva "post" confinada en sí misma, fundamentalmente solitaria, en donde prevalece una imposibilidad del otro o de lo otro y por el cual los/las sujetos/as se asfixian en sí mismos.

Los cuartos se impregnan de enfermedad al igual que el cuerpo y la piel muestran huellas de la afección, huellas que también son signos de la transmisión y consuelo imposibles del dolor confinado a un cuerpo. Los cuartos privados en estas narrativas son espacios en donde una sexualidad carente de eros y la agonía (en Nancy) o la dependencia (en Moreno) se conjugan para poner en escena una experiencia vital profundamente degradada.

BIBLIOGRAFÍA

1. Corpus

Lloret, Bruno. *Nancy*. Santiago: Cuneta, 2015.

Moreno, María. *Black Out*. Buenos Aires: Random House, 2017.

2. Teoría literaria

Chevalier, Jean. *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Herder, 1986.

Cirlot, Juan-Eduardo. *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Labor, 1992.

Estébanez Calderon, Demetrio. *Diccionario De Términos Literarios*. Alianza, 1999.

Marchese, Angelo. *Diccionario De Retórica, Crítica y Terminología Literaria*. 1a. ed., Ariel, 1986.

Bajtín, Mijaíl. *Teoría y estética de la novela*. Trad. Helena Kriükova y Vicente Cazcarra. Madrid: Taurus, 1989.

3. Sobre cuerpo/enfermedad/afectos

Ahmed, Sara. *La política cultural de las emociones*. Trad. Cecilia Olivares Mansuy. México, D.F: Programa universitario de estudios de género, 2015.

Le Breton, David. *Cuerpo Sensible*. Ed. y Trad. Alejandro Madrid Zan. Santiago: Editorial Metales Pesados, 2010.

Meruane, Lina. *Viajes Virales*. Santiago: Fondo de Cultura Económica Chile S.A, 2012.

Moulin, Anne Marie. "El cuerpo frente a la medicina.". Ed. Jean-Jacques Courtine. *Historia del Cuerpo III*. Madrid: Taurus, 2006. 29-79.

Sontag, Susan. *La enfermedad y sus metáforas ; y, El sida y sus metáforas*. 1a. ed., Taurus, 1996.

4. Sobre contexto social, político y cultural

Beck, Ulrich. *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós, 1998.

Brünner, José Joaquín. *Globalización cultural y posmodernidad*. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2002.

Durán, Manuel. "Sexualidad, producción y trabajo en el discurso higienista y eugenésico en Chile y Argentina, 1860-1930". *Revista Nomadías* 23 (2017): 31-52.

Esposito, Roberto. "Inmunidad, comunidad, biopolítica". Conferencia en la

Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, Oct. 19, 2011.
Madrid: Revista *Las Torres de Lucca*, 2012. 101 – 114. Digital.
Han, Byung-Chul. *La Agonía del Eros*. Barcelona: Herder, 2014.
Preciado, Beatriz. *Testo Yonqui: Sexo, drogas y biopolítica*. Madrid: Espasa Calpe S.A, 2008.